

PACO BEZERRA

DENTRO DE LA TIERRA

Premio Nacional
de Literatura
Dramática 2009

Premio Nacional
de Teatro
Calderón de la Barca 2007

Paco Bezerra
DENTRO DE LA TIERRA

Premio Calderón de la Barca 2007
Premio Nacional de Literatura Dramática 2009

Ed. Centro de Documentación Teatral, Madrid-2008, 102 p., 20 x 12, 5 cm

Mi historia no es agradable, no es dulce y armoniosa como las historias inventadas. Tiene un sabor a disparate y a confusión, a locura y a sueño, como la vida de todos los hombres que ya no quieren seguir engañándose a sí mismos.
Hermann Hesse

Los sueños verdaderamente importantes son los que tienes cuando estás despierto, ya que cuando duermes no los controlas. A mí me gusta sumergirme en un mundo onírico que yo he construido o descubierto; un mundo que elijo yo.
David Lynch

En el momento que sobre algo tengo una opinión ya casi no puedo escribir (teatro) sobre ello. Sí crónicas, ensayo, un artículo de prensa. Pero no puedo hacer teatro. No se suena sobre lo que se sabe, sino sobre lo que se desea y/o se teme. El teatro es investigación sobre lo que no se sabe o no se dice. [...] Sólo se puede escribir sobre aquello acerca de lo cual se tiene dudas.
Marco Antonio de la Parra

No me preguntéis por lo verdadero y lo falso, porque la "verdad poética" es una expresión que cambia al mudar su enunciado.[…] La imaginación es sinónima de aptitud para el descubrimiento. [...] La imaginación fija y da vida clara a fragmentos de la realidad invisible donde se mueve el hombre. [...] Pero la imaginación está limitada por la realidad: no se puede imaginar lo que no existe.
Federico García Lorca

Cada recuerdo es una experiencia pasada que no tiene vigencia, no tiene inmovilidad. No es que sea una estatua, es una película. [...] He roto las fronteras entre la imaginación y la experiencia. […] La literatura es lo esencial, lo básico. Todo lo que no sea literatura no existe. Porque, ¿dónde está la realidad? Un árbol lo es porque uno lo está nombrando. Y al nombrarlo está suscitando la imagen inventada que teníamos. Pero si no lo nombras, el árbol no existe.

El lugar se ubica en La Huerta de Europa, una de tantas ciudades españolas que, por sus características, es líder mundial en exportación de verduras.
Los espacios donde se desarrolla la pieza son el interior y el exterior de un invernadero, un patio, una higuera y el interior y el exterior de un almacén.
El tiempo en el que transcurre es parecido al del sueño. En el sueño no decidimos ni el momento en el que nos dormimos ni en el que nos despertamos y, sin embargo, avanzamos.

Indalecio, *el menor de los tres hermanos.*
Farida, *marroquí ilegal que trabaja dentro de los invernaderos.*
Padre, *dueño y señor de la tierra.*
Hijo, *José Antonio, el mediano de los tres hermanos, discípulo de las enseñanzas agrícolas de su progenitor.*
Hijo Mayor, *Angel, el mayor de los tres hermanos, aunque en ocasiones, por su comportamiento, se diría que es el menor. Debido a una grave enfermedad de la piel va siempre enfundado en un traje protector de color blanco. A veces parece un apicultor despistado, otras, un astronauta que diese sus primeros pasos sobre La Luna.*
Mercedes, *amiga y visitadora de* Indalecio *en el presidio.*
La Quinta, *curandera especialista en sacar el sol de la cabeza.*

Coordenadas

Indalecio *se encuentra sobre el techo de un invernadero, tras él, un inmenso mar de plástico, que parece no tener fin, se pierde luminoso hasta fundirse con el cielo.*

INDALECIO.- Cuando uno mira hacia atrás y ve su vida, ésta siempre parece un sueño o un cuento. El presente es como un relámpago: una vez que desaparece el resplandor, ya sólo puede hablarse de él. Hay que pisar justo en donde se cruzan los alambres, sin dudar. Si no...

Indalecio *da un salto y cae perfectamente de pie.*

INDALECIO.- ...te hundes. De pequeño echábamos carreras. Yo siempre me

quedaba el último. Es fácil caerse si no se ha entrenado lo suficiente. Sólo hay que pisar en la cruz.

Indalecio *vuelve a saltar con éxito.*

INDALECIO.- Cuando lo piensas parece fácil pero la práctica es diferente. Dicen que las cosas nunca son como se imaginan. Puede que esto tenga algo de cierto. O tal vez, puede que no.

Indalecio *vuelve a saltar. De nuevo cae en buena posición.*

INDALECIO.- Nadie sabe quién construyó el primero. Ahora nos rodean, como una plaga, hasta que nos cubran por completo y nos asfixien. He leído que si los pusiéramos en fila, uno detrás de otro, podríamos llegar andando por encima de ellos, y sin tocar ni una vez el suelo...

Indalecio *salta otra vez.*

INDALECIO.- ...hasta Bruselas. Por lo visto nunca fue cierto que la Gran Muralla China se viese desde el espacio. No. Los astronautas aseguran que, desde allí arriba, ésta es la única construcción humana que puede divisarse sin ningún tipo de problema. Fábricas sin humo, sin chimeneas, resplandecientes. Suben brillando por los montes, ocupan cauces y ramblas, crecen como la maleza y, aunque nada las oculta, lo cierto es que están escondidas.

Indalecio *salta una vez más.*

INDALECIO.- Como el agua. Exactamente igual. Aquí no hay ríos. Ni una sola gota llega al mar. Tampoco llueve. Aún así, nunca hemos tenido problemas de sequía. Esto está lleno de lagos. Lagos subterráneos. El agua, como la mayoría de las cosas que se dan por estas tierras, no suele encontrarse a la vista. O por lo menos...

Indalecio *salta una última vez.*

INDALECIO.- ...a la vista de todos.

Indalecio *saca una llave, se agacha, la introduce en un candado y, a modo de compuerta, levanta un trozo de plástico perteneciente al techo del invernadero. A continuación se cuela por él.* Farida, *que viste de chandal y esconde su cabello envuelto en un pañuelo, está dentro, quieta, casi como una estatua.* Indalecio, *al verla, se asusta.*
INDALECIO.-¿Farida?

No hay réplica.

INDALECIO.- ¿Qué estás haciendo aquí dentro?
FARIDA.- *Ti* estaba *isperando.*
INDALECIO.- Sabes que no se puede entrar en este invernadero.
FARIDA.- ¿Y qué *hases* tú aquí?

Indalecio *cierra la compuerta del techo del invernadero.*

INDALECIO.-Yo vengo a escribir.Todos los días escribo un rato.
FARIDA.- No *mi* habías dicho.
INDALECIO.- Tampoco hace tanto que nos conocemos.
FARIDA.- ¿Cómo es que *ti* ha dado ahora por *iscribir?*
INDALECIO.- Ahora no. Lo hago desde niño.

Farida *se muestra desconfiada.*

FARIDA.- ¿Y has *iscrito* muchas cosas?
INDALECIO.- Algunas. Pero no son fáciles de leer.
FÁRIDA.- ¿No *son fásiles?*
INDALECIO.- No, aún no.

Farida *no despega la vista de* Indalecio.

INDALECIO.-Aquí sólo hay tierra y moscas, por todas partes.Tú misma lo dijiste. Así que no me mires asi. A otros les da por doblar hierros, a mí me dio por inventarme historias.

FARIDA.- ¿Y sobre qué *iscribes?*

No hay réplica.

FARIDA.- ¿No sabes sobre lo que *iscribes?*
INDALECIO.- Más que un tema, lo que tengo es un presentimiento. Algo me diee que la historia en la que ando metido tiene comenzar aquí, justo aquí, debajo de estos plásticos.

La historia comienza aquí

FARIDA.- *Mi* miras *cumo* si hubieses visto un fantasma.
INDALECIO.- No es eso. Te miro porque éste no es un sitio seguro.

Farida *se ríe.*

INDALECIO.- No sé qué te hace tanta gracia.
FARIDA.- ¿No puedo *riírme?*
INDALECIO.- Supongo que, el día que llegaste, te pusieron al corriente de las normas.

Silencio.

INDALECIO.- ¿O no?

Fuera del invernadero aparecen el Padre *y el* Hijo. *El* Padre *es una montaña, sus manos parecen palas y su cabeza una bola de barro. El* Hijo *es delgado y ágil, bajo su piel puede apreciarse, sin mayor problema, dónde comienza y*

dónde acaba cada músculo, cada hueso, cada vena.

Mi familia

PADRE.- Siempre lo advertimos.
HIJO.- A todo el mundo.
PADRE.- Nada más llegar.
HIJO.- No queremos tener problemas.
PADRE.- Está prohibido poner un pie dentro de nuestro invernadero.
HIJO.- Así que si te pillamos metiendo las narices en cualquiera de nuestros asuntos, una de dos.
PADRE.- O te echamos dentro de uno de esos camiones que salen cargados de tomates hacia Bélgica...
HIJO.-...o te denunciamos a la Policía. Tú eliges.
PADRE.- El camión o lo otro.
HIJO.- Lo otro es la cárcel.
PADRE.- Aunque, muchas veces, lo otro es la mejor opción.
HIJO.- Las cárceles de aquí parecen hoteles, ¿sabes?
PADRE.- La verdad es que no sé por qué acabáis eligiendo siempre lo del camión.

El Padre *y el* Hijo *rompen a reír y, juntos, se dirigen hacia el patio. Una vez allí, el* Padre *se sienta presidiendo la mesa.*

INDALECIO.-Yo, de ti, tendría más cuidado.

El Hijo *coloca una bandeja delante del* Padre *y, sobre la bandeja, deja cuidadosamente un tomate.*

INDALECIO.- Farida, si te lo digo es porque he visto cómo, de un día para otro, muchas de las personas que han trabajado para nosotros, hoy, ya no están.

El Hijo *dispone sobre la mesa un cuchillo, una aceitera y un salero. Como una especie de paje, el* Hijo *permanece de pie junto a su progenitor*

PARIDA.- ¿A ti no pasa nada por entrar?

El Padre *pone las manos sobre la mesa. El* Hijo *coge el cuchillo y, cuidadosamente, parte el tomate por la mitad, desde la marca del. tallo hasta sus antípodas.*

INDALECIO.- Claro que me pasa.

El Padre *separa las dos mitades del tomate.*

INDALECIO.- Pero hay una diferencia entre tú y yo.

El Padre *coge una mitad del tomate.*

INDALECIO.- A mí no van a meterme dentro de ningún camión.

El Padre *huele la mitad del tomate.*

INDALECIO.- A mí me hacen otras cosas.

El Padre *cede el tomate a su* Hijo *y* Farida *parece sentir un pequeño dolor en el pecho.*

FARIDA.-*Mi* duele.
INDALECIO.- ¿La mano?
FARIDA.- No.

El Hijo *coge la mitad del tomate, la huele y* Farida *se coloca la palma de la mano a la altura del corazón.*

FARIDA.- *Mi* duele aquí.

El Hijo *devuelve la mitad del tomate al* Padre *y le hace un gesto de duda.* Indalecio *se acerca hasta* Farida.

INDALECIQ- ¿Desde cuándo?

El Padre *mira, toca y huele la mitad del tomate partido.* Indalecio *coloca su mano junto a la de* Farida, *a la altura de su corazón.*

INDALECIO.- ¿Te duele mucho?

El Padre *se lleva la mitad del tomate a la boca, le da un mordisco y devora el bocado prodigiosamente.* Farida *no contesta.*

INDALECIO.- De un tiempo a esta parte pasan cosas muy raras.

Enfundado en un traje protector de color blanco, aparece, junto a la higuera, el Hijo Mayor. *El* Hijo Mayor *está metido en carnes, es pcludito y le escuece la piel de su espalda de forma habitual, intenta rascarse pero siempre resiste el picor. De todas formas, aunque el* Hijo Mayor *no se rasque, lleva el dolor tatuado en la frente.*

INDALECIO.- Mi hermano el mayor tiene unas heridas en la espalda que, a días, se le abren solas y comienzan a sangrarle a chorros.

El Hijo Mayor *se agacha y coge, de detrás del tronco de la higuera, un par de piedras. Entonces se sitúa debajo del árbol, agarra una piedra en cada mano y, concentrado, se arrodilla mirando al frente.*

INDALECIO.- Ha hecho una promesa. Mientras esté debajo de la higuera no se puede rascar la espalda ni una sola vez. No sé cuánto tiempo tiene que estar así. Está convencido de que, si no se rasca, las heridas le desaparecerán. Se

llama Ángel.

El Padre, *tras engullir el bocado, devuelve a la duda del* Hijo *el mismo gesto dubitativo que éste le había hecho con anterioridad.*

INDALECIO.- La única manera de que las cosechas no corran peligro es aumentar la cantidad. El doble.

El Hijo Mayor *continúa arrodillado bajo la higuera.*

INDALECIO.- Los insectos se inmunizan y crecen hasta el triple de su tamaño.

Indalecio *señala con su dedo en dirección al suelo.*

INDALECIO.- De tan grandes, ya se les diferencian las facciones. La boca, los ojos, la nariz... A veces, cuando todo está en silencio, los oigo respirar.

Silencio.

INDALECIO.- Un día de estos, dentro de no mucho, serán más grandes que nosotros.

Una ráfaga de viento sacude y levanta la tierra, que se estrella contra las ventanas, los plásticos y los muros de la casa. Todos, extrañados, miran a su alrededor. El Padre *cede al* Hijo *la mitad del tomate mordido, éste se lo lleva a la boca y le pega un bocado. El* Hijo Mayor *sigue arrodillado bajo la higuera, sujetando las piedras.*

Esto no es un invernadero

FARIDA.- ¿Por qué *mi* cuentas todo esto?
INDALECIO.- Te lo cuento porque tengo miedo.

El Hijo, *tras engullir el bocado, mira al* Padre *y le hace un gesto de negación. El* Hijo Mayor, *aguantando estoicamente y sin soltar las piedras, mueve los hombros, como si esto fuese a calmarle el fuerte escozor. El* Hijo *agarra el salero y se lo ofrece al* Padre, *que comienza a echar sal sobre la otra mitad del tomate.*

FARIDA.- *¿Di* qué tienes miedo?

El Padre *ha terminado de echar sa. y separa el salero unos centímetros de él. El* Hijo *coge el salero de las manos del* Padre *y lo devuelve a la mesa.*

INDALECIO.- De lo que pueda pasarte.

El Hijo *agarra la aceitera y se la ofrece al* Padre.

FARIDA.-Yo no hago nada malo.

El Padre *agarra la aceitera* y *comienza a verter aceite sobre la otra mitad del tomate.*

INDALECIO.-Tú no, pero yo sí.

El Padre *endereza la aceitera y la separa de él unos centímetros.*

FARIDA.- No es bueno que pienses tanto.

El Hijo *retira la aceitera de la mano del* Padre *y la vuelve a dejar sobre la mesa.*

INDALECIO.- No es eso, Farida.

El Padre *agarra el tomate rociado de sal y aceite y le pega un mordisco. Lo devora.*

FARIDA.- Los monstruos no *ixisten.*

El Padre *mira al* Hijo y *le hace un gesto de duda.*

INDALECIO.-Yo no lo diría muy alto.

Indalecio *contempla con atención el interior del invernadero. Silencio. El* Padre *vuelve a cederle al* Hijo *lo que resta de la mitad del tomate, mordido por él y el* Hijo *se lo lleva a la boca.*

FARIDA.- Los monstruos no *ixisten.*

El Hijo, *con el tomate aún en la boca, se pronuncia desde el patio.*

HIJO.- No me convencen.
PADRE.- A mí tampoco.
HIJO.-¿Qué hacemos?
PADRE.- Al tallo aún le falta verde.
HIJO.- ¿Cuánto?
PADRE.- Una semana aguantan todavía, incluso más.
HIJO.- Sí, una semana.

El Hijo, *orgulloso, como si fuesen a echarles una fotografía, coloca una de sus manos sobre el hombro del* Padre *y sonríe.*

HIJO.- Dentro de muy poco, cultivaremos los tomates más caros del mundo.
INDALECIO.-Tengo la sensación. Farida, de que esto... no es un invernadero.

Farida, *extrañada* y *un tanto excéptica, echa un vistazo a su alrededor.*

INDALECIO.- Mira y dime si estos tomates son como el resto.

Farida *mira los tomates.*

INDALECIO.- ¿No te parecen más rojos de lo normal?

Farida *mira los tomates. Luego mira a* Indalecio.

PADRE.-Y no sólo eso, también saben distinto.

Farida *va a echar mano a una de las ramas para arrancar un tomate pero* Indalecio *la detiene rápidamente.*

INDALECIO.- Ni se te ocurra. Los tienen contados.
HIJO.- Incluso el olor. Tienen un olor diferente.

Farida *se ríe.*

INDALECIO.- ¿No me crees?

El Padre *se levanta de su asiento.*

PADRE.- Cada vez estamos más cerca.
HIJO.- Dentro de muy poco valdrán más que el oro.
PADRE.-Y tener un invernadero será...
HIJO.- ...como ser el dueño de una mina.

El. Padre y *el* Hijo *abandonan el patío mientras el* Hijo Mayor *se pronuncia desde la higuera.* Indalecio *continúa hablando con* Farida.

HIJO MAYOR.- Dicen...
INDALECIO.- ...los que han volado por encima de la tierra que, cuando se mira desde allí arriba...
HIJO MAYOR.- ...aquí...
INDALECIO.- ...justo en donde estamos nosotros, puede verse un pedazo de cielo...
HIJO MAYOR.- ...un cielo con su luz y sus pájaros, azul y brillante...
INDALECIO.- ...como si las nubes se hubieran pegado un batacazo contra la tierra...
HIJO MAYOR.- ...o como si Dios hubiera tenido un accidente.
INDALECIO.- Algunos sostienen que nada es lo queparece y que se trata del ciclo...
HIJO MAYOR.- ...que se refleja sobre el plástico de los invernaderos.
HIJO MAYOR.- Se llama *Dentro de la tierra.*
FARIDA.- ¿El qué?
HIJO MAYOR.- Lo que estoy escribiendo.
FARIDA.- *¿Dentro de la tierra?*
INDALECIO.- ¿No te gusta?

Farida *se lo piensa.*

FARIDA.- ¿*Di* qué va?
INDALECIO.- Aún no lo sé.
FARIDA.- ¿No lo sabes?
INDALECIO.- Al final.

FARIDA.- ¿Qué pasa al final?
INDALECIO.- El título, por qué le he puesto ése y no otro, eso siempre lo descubro al final.

Farida *no termina de convencerse.*

INDALECIO.- Escribir es como desvelar un misterio. No hay mapas que lleven a tesoros ocultos y nunca hay una equis que indique el lugar. No lo digo yo, lo dijo Indiana Jones, en *La última cruzada.* ¿Sabes que muchas de las escenas de esa película se rodaron ahí, justo detrás de esa montaña? Qué Alejandría ni qué
Alejandría. En el cine todo es mentira. ¿A ti te gusta el cine?
FARIDA.- A mí *mi* gustas tú.

Indalecio *se queda pensativo. Luego mira de un lado al otro del invernadero.*

INDALECIO.- ¿Te he contado alguna vez mi sueño?

No hay réplica.

INDALECIO.- Estoy dentro de este invernadero, tirado, en el suelo. Al fondo: mi padre y mi hermano José Antonio se marchan. Tengo las manos sucias y me duele el estómago. Sobre mi cuerpo alguien ha dejado un pico. Me lo quito de encima, me levanto rápidamente y salgo del invernadero. Fuera me los vuelvo a encontrar y, juntos, volvemos a casa. Una vez dentro, comienza a llover. Pero no es agua lo que cae del cielo.

Silencio.

INDALECIO.- Es tierra. Los remolinos y las corrientes de aire pasan por los desiertos, la suben hasta el cielo y la dejan allí arriba, atrapada, entre las nubes. Ocurre con la tierra pero ocurre con más cosas. ¿Nunca has oído que en muchos sitios han llovido sapos?
FARIDA.- ¿Sapos?

El Hijo Mayor, *que sigue sujetando las piedras arrodillado bajo la higuera, vuelve a pronunciarse.* Indalecio *continúa hablando con* Farida *dentro del invernadero.*

HIJO MAYOR.- Sapos.
INDALECIO.-Ranas.
HIJO MAYOR.-Peces.
INDALECIO.-Arañas.
HIJO MAYOR.-Vacas.
INDALECIO.- Caracoles.
HIJO MAYOR..- Mejillones.
INDALECIO- Escarabajos.
HIJO MAYOR.- Lombrices.

INDALECIO.- Hormigas.
HIJO MAYOR.- Cucarachas.

Farida *se acerca hasta* Indalecio *y lo abraza.*

INDALECIO.- Del cielo puede caer cualquier cosa.

Farida *saca de su chandal dos placas de hachís de cíen gramos cada una.*

París

FARIDA.-Yo no *mi* quiero quedar aquí.

Farida *le da a* Indalecio *las dos placas de hachís y éste, rápidamente, se las esconde.*

INDALECIO.- Quedamos en que lo haríamos siempre detrás del aljibe.
FARIDA.- *Dásilas* a *Mirsedes.* Mi hermano vive *in Paris.*
INDALECIO.- Farida...
FARIDA.- *Il* tren es *di* Madrid, por la noche, hay *dipartamentos, dipartamentos* con baño. Sola *is difísil,* más *piligroso* porque se tocan a las puertas para *rivisar* en las *plasas.* Alguien tiene *qui* abrir la puerta para yo mientras *istar in* el baño.

Los ojos de Farida *se humedecen.*

FARIDA.- *1l* tren es *di* Madrid. Tocan a la puerta pero si *mi iscondo...*

Farida, *nerviosa y afectada por sus propias palabras, no puede reprimir el llanto.*

FARIDA.- Aquí no podemos *verse* juntos, nunca, tú *mi* has dicho. Mi hermano *is* bueno.Tu padre *ti* pega.
INDALECIO.- Farida, a mí también me gusta estar contigo, pero...
FARIDA.- Yo lo sé, porque *dises piligroso* pero siempre quedas un rato porque *ti* gusta verme. A mí también *mi* gusta verte. *Vinte* conmigo.

Indalecio *agacha la cabeza.*

INDALECIO.- Me pegan porque les doy miedo.
FARIDA.- A mí no *mi* das miedo.
INDALECIO.- Lo hacen para defenderse.
FARIDA.- ¿De qué?
INDALECIO.- Me pegan para defenderse de lo que escribo.

Farida *parece no comprender nada y el* Hijo Mayor *vuelve a pronunciarse desde la higuera.* Indalecio *continúa hablando con* Farida.

HIJO MAYOR.- Al principio eran cuentos, cuentos aparentemente

inofensivos.
INDALECIO.- Pero, con el tiempo...
HIJO MAYOR.- Con el tiempo fueron resultando cada vez más creíbles.
INDALECIO.-Tan creíbles que...
HIJO MAYOR.- ...en ocasiones...
INDALECIO.- En ocasiones llegaron a coincidir con la realidad.

El Padre *y el* Hijo, *con hambre canina, aparecen de nuevo en el patio y se sientan, cada uno en su silla. El* Hijo Mayor *levanta sus rodillas del suelo.*

Rambo

HIJO MAYOR.- Tú pensabas mucho en Rambo.

El Hijo Mayor *deja las piedras guardadas tras el tronco.*

HIJO MAYOR.- Tu primer cuento se llamó como él.

El Hijo Mayor *abandona la higuera y se dirige al patio para sentarse junto a sus familiares.*

HIJO MAYOR.- Al atardecer, Rambo siempre se te aparecía en el borde de la balsa. Un día, revisando la historia, te diste cuenta de algo.

El Hijo Mayor *llega a la mesa y se sienta.*

HIJO MAYOR.- Ante la duda, te acercaste a nuestro padre y le dijiste...

Indalecio *sale corriendo del invernadero en dirección al patio.* Farida, *desde el interior del invernadero, contempla la escena.*

INDALECIO.- Papá.

El Padre *mira a* Indalecio, *que llega precipitado al patio. Sus dos hermanos están sentados a la mesa.*

INDALECIO.- ¿Sabes a quién he visto?
PADRE.- ¿A quien?
INDALECIO.- A Ramnbo.Y me ha dado recuerdos para ti.
HIJO.- Eso no es posible. A Rambo hace tiempo que lo atropelló un coche. Además, los gatos no hablan. Siéntate y vamos a comer, tengo hambre.
INDALECIO.- Lo he visto.
PADRE.- Indalecio, no empieces otra vez.
INDALECIO.- Estoy seguro. Te digo que lo he visto.
PADRE.- Sienta y cállate. ¿No has oído a tu hermano? Vamos a comer.
INDALECIO.- Llevo días que me acerco y juego con él. Lo que digo es verdad.Yo nunca miento.
PADRE.- ¿Y se puede saber en dónde dices que lo has visto?

INDALECIO.- En el borde de la balsa.

Silencio. El Padre *y el* Hijo *se miran extrañados.*

HIJO.- ¿Dónde?
INDALECIO.- En el borde de la balsa. Lo llamo, pero él nunca quiere bajar.

El Hijo Mayor, *que continúa sentado, se pronuncia desde la mesa.*

HIJO MAYOR.- Papá y José Antonio se pusieron muy nerviosos.

El Padre *y el* Hijo *se levantan y rodean a* Indalecio.

HIJO MAYOR.- Entonces te cogieron cada uno de un brazo.

El Padre *y el* Hijo *comienzan a pegar a* Indalecio.
Farida *se lleva las manos a la cara.*

PADRE.- ¡Deja de decir mentiras!
HIJO.- ¡Si sigues soltando tonterías por esa boca...!
PADRE.- ¡Vamos a tener que tomar medidas!
HIJO.- ¿Estás escuchando?
HIJO MAYOR.- Aquella noche, mientras todos dormían...

El Hijo Mayor *se levanta y se acerca hasta el círculo humano que rodea a* Indalecio. *El* Padre *y el* Hijo *cesan de pegarle. El* Hijo Mayor *agarra de un brazo a* Indalecio y *se lo lleva con él.*

INDALECIO.- ...tú me abriste la puerta y me sacaste de aquella habitación. Entonces me lo dijiste.

El Hijo Mayor *lo acompaña, de nuevo, hasta el invernadero.*

HIJO MAYOR.- A Rambo no lo atropello ningún coche como nos hicieron creer. Yo los vi. Ellos lo mataron. Lo metieron en un saco y lo ahogaron dentro de la balsa.

El Hijo Mayor *deja a su hermano junto a* Farida *y desaparece.*

HIJO.- Padre, tengo que bajar al pueblo. Cojo la moto. Vuelvo enseguida.

El Padre y el Hijo *se retiran, esta vez, cada uno en una dirección.* Farida *se quita las manos de la cara. Ante ella se encuentra* Indalecio.

PARIDA.- ¿Mí vas a *dijar* que lea esas cosas que *dises* que *iscribes?*
INDALECIO.- Por ahora no tengo nada en papel.

Farida *cree no haber comprendido.*

INDALECIO.- Lo tengo aquí, en la cabeza.
FARIDA.- ¿Dónde?
INDALECIO.- Muchos escritores necesitan distancia.Yo no tengo ninguna.

Silencio.

INDALECIO.- Te dije que no eran fáciles de leer.

Farida *contempla dolida a* Indalecio.

INDALECIO.- Esta noche, a la hora de siempre, detrás del aljibe.

FARIDA.- ¿Verás hoy a *Mirsedes?*
INDALECIO.- No lo sé. Pero prefiero no meter el dinero en casa.
FARIDA.-Yo *hi* estado *ahurrando*, para ti, para que tuvieras dinero en *prinsipio* de estar *in Fransia,* hasta que *incontraramos* un trabajo. Pero si no vas a *vinir...* con lo que tengo, para mí sola *is sufisiente.*

Farida, *molesta, agacha la cabeza y vuelve a llevarse la mano al pecho.*

INDALECIO.- Hay un autobús que pasa por los pueblos. La última parada es la del centro. Conozco a un médico.

Farida *levanta la cabeza,*

INDALECIO.- Farida, es importante que te vea un médico.

No *hay réplica.*

INDALECIO.- Si quieres que hagamos ese viaje, necesito saber que estás en condiciones y que el plan no va a poder con nosotros.

Silencio.

INDALECIO.- Si lo hacemos, lo hacemos bien.

Silencio.

INDALECIO.-Y luego nos largamos de aquí.

Farida *sonríe* y *de su boca sale una estrella que sube hasta el cielo.* Indalecio *se acerca hasta ella, lleva una de sus manos hasta la cintura de su chandal le desafiada el lazo.*

INDALECIO.- He soñado con esto muchas veces.

Farida *se asegura de que no viene nadie. Luego mira su reloj.*

INDALECIO.- Aún quedan diez minutos.

Farida *traga saliva.*

INDALECIO.- La hora del bocadillo no acaba hasta en punto. Mi padre duerme siempre hasta la una.

Indalecio *posa sus rodillas sobre la tierra.*

FARIDA.- ¿Qué *hases?*
INDALECIO.-Tranquila, todo saldrá bien.

Farida *aguanta la respiración, cierra los ojos y el* Padre *aparece en el patio.*

La tierra se divide

PADRE,- ¡Ángel!

El Hijo Mayor, *obedeciendo a la llamada del* Padre, *aparece en el patio.*

PADRE.- ¿Y tus hermanos?

El Hijo *aparece corriendo.*

HIJO.- ¡Padre!
PADRE.- ¿Dónde os metéis?
HIJO.- ¡Padre!
PADRE.- ¿Qué pasa ahora? ¿A qué vienen esas voces?

Indalecio *irrumpe en el patio. El* Hijo, *ante la presencia de* Indalecio, *se calla. El* Hijo Mayor, Indalecio *y el* Padre *miran al* Hijo, *esperando su respuesta.*

HIJO.- Nada.

Silencio.

HIJO.- Nada.

El Hijo *mira a* Indalecio.

HIJO.- No es nada.

Silencio.

PADRE.- He querido que estéis hoy aquí los tres porque... he vuelto a ir al médico. Ayer me dieron los resultados. Cada vez me llega menos aire. Van a traerme una máquina. Me tendré que conectar cada no sé cuántas horas, todos los días. Aún así, dentro de algunos años... tendrán que abrirme un agujero en el cuello.

Silencio.

PADRE.- Quiero que sepáis que he dividido la tierra en tres partes. Pero los terrenos no son iguales, las llaves no tienen la misma salida y... bueno... Me gustaría ser más generoso con el hijo que, realmente, sea más sincero conmigo. ¿Lo habéis entendido?

HIJO.- ¿Quién empieza?
PADRE.- Ángel, el mayor de los tres.

HIJO MAYOR.- ¿Yo?

Silencio.

HIJO MAYOR.-Yo...

Todos lo miran.

HIJO MAYOR.-Yo me acuerdo mucho de cuando era chico y nos íbamos a la vega con la mama, que en paz descanse, y te acompañaba en el tractorcillo hasta la rambla y luego jugábamos con los chiros...

El Hijo Mayor, *nervioso, como si estuviese avergonzado de algo, se lleva las manos a la cara y rompe a llorar.*

PADRE.- Desde la acequia que linda con Los Palomos hasta el portón de la carretera, con el solar de la rampa y la caseta naranja. Tendrás que encargarte de! riego y de vigilar la bomba. Si tienes algún problema, se lo dices a tu hermano. La puerta siempre cerrada y la llave bien adentro del bolsillo. Nada de hacer copias. Las copias se pierden y luego llegan a manos de cualquiera.
HIJO MAYOR.- ¿Cómo voy a encargarme de los inver naderos si no puedo entrar a ninguno?
PADRE.- Se te quitará.
HIJO MAYOR.- Cada mañana, nada más levantarme, cada mediodía y antes de que caiga la noche, me quedo una hora bajo la higuera, quieto, sin moverme. Yo sé que se me quitará.

El Hijo Mayor *sonríe ingenuo y esperanzado.*

PADRE.- El mediano de los tres, habla tú ahora.

El Hijo *da un paso al frente.*

HIJO.-Yo no sé si soy el que más cariño le tiene pero si de algo estoy seguro... es de que estoy alerta y de que tengo el piloto encendido.

El Hijo *vuelve a dar otro paso al frente.*

HIJO.- Las mujeres me rondan. Cuando salgo por los bares, cuando doblo alguna esquina... siento que me clavan la mirada. Pero yo no le hago caso ninguno a nadie y menos a una mujer en mitad de la calle. Si quiero hembras, me las pago de mi bolsillo y todos contentos. Si le hablo de usted es porque me merece todo el respeto del mundo y porque... por mí puede quedarse tranquilo. Yo no pienso arriesgar el sudor de usted por un rato de cama.

El Hijo *vuelve a dar otro paso al frente.*

HIJO.-Yo le aseguro que, de esta casa, nadie va a rascar ni el yeso de las paredes porque aquí, el que meta los dedos sale sin ellos.

PADRE.- Desde el barranco grande hasta el cañizo, con el pozo, las siete máquinas y la casa de en medio.

El Hijo *vuelve a su sitio.*

PADRE.-Y ahora tú, el más pequeño de la casa. ¿Qué tienes que decir que merezca un tercio más rico que el de tus dos hermanos?

Largo silencio.

PADRE.- ¿No vas a decir nada?

Silencio.

PADRE.- ¿Es ésta tu respuesta?
INDALECIO.- Sabes que no estoy de acuerdo con muchas cosas.
PADRE.- Indalecio, ayer soñé que dejabas de decir tonterías.
INDALECIO.-Y yo que, bajo el plástico, todo el mundo llevaba trajes y mascarillas.
PADRE.- ¡Yo nunca he tenido trajes, ni guantes, ni mascarillas, ni nada de lo que hablas!
INDALECIO.- Y mírate. ¿No crees que te hubiesen hecho falta?

El Padre *le hace un gesto al* Hijo *y éste se acerca hasta* Indalecio *y le pega un cabezazo que lo estampa contra el suelo.*

PADRE.- ¡Todo lo que tengo, todo, me lo he tenido que pagar de mi bolsillo! ¡Nadie me ha dado nunca nada!

El Hijo *mira al* Padre *y este último le da una especie de aprobación. El* Hijo *vuelve rápidamente junto al* Padre. Indalecio, *en el suelo, se aguanta la cabeza con las manos.*

PADRE.- Los moros, Indalecio, no pueden salir de los invernaderos. La tierra y el plástico, ahí es donde tienen que estar. Ese es su sitio y éste es el nuestro.

Indalecio *retira las manos de su cabeza y se mira las yemas de los dedos. Están llenas de sangre.*

INDALECIO.- Déjame lo que quieras, pero no me pidas que te regale el oído para conseguir un pedazo más de tierra.

HIJO.- Lo he visto. Quise habérselo dicho nada más llegar pero...

El Padre *mira al* Hijo *sin entender nada.*

HIJO.- Me acordé de que tenía que cambiarle una pieza a la bomba de la caseta, así que, al final, no bajé al pueblo. Cuando estaba a punto de llegar oí un ruido, dentro del invernadero.
PADRE.- ¿De qué invernadero?

HIJO.- Del nuestro, padre.

Las manos del Padre *se convierten en puños.*

HIJO.- Tuve que quemar un poco el plástico para ver lo que pasaba dentro porque no llevaba las llaves encima... Así que hice un agujero.

Silencio.

HIJO.- Estaba con una de esas moras, revolcándose por la tierra.
Ella lo tenía tumbado en el suelo y él...

Silencio.

HIJO.- Hay cosas que no deberían decirse en alto porque ni siquiera el aire debería saberlas.

El Padre *sigue apretando las manos. Parece que le falta la respiración.*

PADRE.- ¿Le viste bien la cara?

El Hijo *hace un gesto afirmativo.*

HIJO.- Claramente, padre.

Silencio.

HIJO.- Claramente.

Todos desaparecen. Todos menos Indalecio *que, al abandonar el patio, se dirige hacia una manta que hay tirada en el suelo y se sienta junto a ella.* Mercedes *aparece dentro del oscuro almacén.*

El almacén

Mercedes *es, lo menos, diez años mayor que* Indalecio *y tiene el vértigo del tiempo en sus ojos, la cruz marcada en la frente de las mujeres que nacen con la vida desplazada, la lucidez y la claridad de las santas. De su cuello cuelga una medalla con la foto de una niña pequeña: su hija.*

MERCEDES.- Hace tiempo que te busco. Siempre me dicen lo mismo: que no estás. Yo no me lo creo y les insisto, pero me aconsejan que lo mejor que puedo hacer es cerrar la boca, dar media vuelta y volver por donde vine.
INDALECIO.-Tengo una bolsa con galletas, pan y unos trozos de embutido. Llevo aquí más de una semana.
MERCEDES.- No sé qué habrá sido esta vez pero, en estas condiciones, me parece un poco abuso.
INDALECIO.-Ya sabes cómo son.
MERCEDES.- Huele fatal Apesta.

Mercedes *saca un paquete de toallitas húmedas y se las ofrece a* Indalecio.

MERCEDES.- Son de la niña. ¿Quieres?

Indalecio *se queda mirando las toallitas.*

MERCEDES.- Me encontré con tu hermano cuando subía por la cuesta. Me dijo que estaban muy preocupados.

Indalecio *agarra el paquete, saca una, se lo devuelve a* Mercedes *y comienza a pasarse la toallita por los brazos y la nuca. Luego se da golpecitos en la herida de la cabeza.*

MERCEDES.- Por lo visto han ido a hablar con La Quinta, una curandera de un pueblo de por aquí cerca.
INDALECIO.- ¿La Quinta?
MERCEDES.- Esa mujer trae loca a la gente. Se han corrido la voz y vienen almas de todos los sitios a tocar a su puerta. ¿Has oído hablar de ella?
INDALECIO.-Algo.
MERCEDES.- Dicen que saca el sol de la cabeza como nadie.Yo la conozco. Le llevé una vez a mi niña, casi recién nacida, pero no quiso rezarle. Me dijo que había cosas que ocurrían fuera de la tierra y otras dentro, y que ella sólo podía rezar por las que ocurrían dentro, que todo lo demás sería ponerse en guerra contra el cielo.

Silencio.

MERCEDES.- Dicen que si Dios no quiere, santos no pueden, pero, antes de lo de mi niña, La Quinta me ayudó a sacarle a mi hermana diecisiete culebrinas de la garganta. La pobre estaba asfixiaíca. Una vez dormida, puse leche a calentar en un cazo, la dejé el tiempo de rezar una oración que me apuntó en un folio y, luego, se la puse debajo de la cama. Antes de que amaneciese estaban todas dentro del vaso, flotando, juntas y muertas. Si esa mujer viene a verte, será porque lo tuyo sí que es algo de dentro de la tierra, como lo de las culebrinas.
INDALECIO.- ¿Tú crees en todas esas cosas?
MERCEDES.- Mi hermana tenía el cuello gordo como una botella y aquellas culebras aparecieron ahogadas en la leche. La llaman La Quinta porque es la quinta de siete hermanos. Dicen que todos los quintos nacen con Gracia.
INDALECIO.- ¿Me das otra?

Mercedes *le da otra toallita a* Indalecio.

MERCEDES.- Acuérdate de aquel hombre, vecino de tu abuela, que dormido mató a su mujer y a su hija pequeña. ¿Tú crees que un padre sería capaz de hacer semejante cosa si dentro no se le ha metido nada? Yo no sé si tú lo tendrás, pero hay gente a la que se le mete el sol y acaba con la cabeza como una caseta de feria. Por probar no pierdes nada.

INDALECIO.- ¿Tú lo has visto hacer?
MERCEDES.- A un sobrino mío se lo sacaron. Yo no estaba allí, pero mi hermana me contó que el agua de la sartén hirvió y que, después de eso... el niño ya nunca más hizo ni dijo nada raro.

Silencio.

MERCEDES.- Indalecio, la gente se asusta cuando oye cosas que no entiende. ¿Por qué crees, si no, que te encierran? Todos tendemos a barruntar, porque nos conviene o vete tú a saber, pero lo que no hacemos es andar pregonándolo a los cuatro vientos.
INDALECIO.- Lo que digo no es más increíble que el agua de una sartén hierva sobre la cabeza de cualquiera o que unas culebras salgan por la boca de una mujer para acabar muertas en un vaso de leche. De todas formas, esta vez ha sido diferente. ¿Cómo has entrado?

Silencio.

MERCEDES.- Me encontré a Ángel dando gritos junto a la higuera. Me miró llorando y me dijo que si le rascaba la espalda...
INDALECIO.- ¿Le rascaste?

Silencio.

MERCEDES.- ...me dejaría verte cinco minutos.
INDALECIO.- ¡No se le puede rascar!
MERCEDES.- ¡No te imaginas cómo lloraba!
INDALECIO.- ¡No se le puede rascar!
MERCEDES.- ¡Casi no duermo! ¡Y sabes lo apurada que estoy! ¡Necesitaba verte!
INDALECIO.- Mercedes, no se le puede rascar.

Mercedes, *avergonzada, pega la vista al suelo.*

MERCEDES.- Lo sé.

Silencio.

INDALECIO.- Mercedes...

Silencio.

MERCEDES.- ¿Qué?

Silencio.

INDALECIO.- ¿Tú piensas que tu hija nació enana porque Dios lo quiso así?

Mercedes *levanta la mirada.*

MERCEDES.- Se dice acondroplásica. Es un poco largo pero se dice

acondroplásica.

Silencio.

MERCEDES.- Me han dicho que mientras esté en fase de crecimiento... le puede venir bien. La cosa va lenta porque hay pocos como ella pero, por lo visto, cada vez están más cerca de dar con el medicamento. Yo no me quiero quedar sin intentarlo. Sabes que no soy de mojarme las puntas de los pies y salir pitando. Si me meto, me meto hasta el cuello y nado lo que haga falta.
INDALECIO.-Ve con ojo.
MERCEDES.- No me queda otra. A ver qué voy a hacer. Lo que Dios no me ha dado, me lo tendré que buscar yo por mi cuenta.
INDALECIO.- Sabes que hay ayudas para este tipo de cosas.
MERCEDES.- Fui al Ayuntamiento pero esa gente come más que caga. Me recibió un señor con bigote.
INDALECIO.- ¿Qué te dijo?
MERCEDES.- Nada.
INDALECIO.- ¿Nada?
MERCEDES.- Nada.
INDALECIO.- ¿Y tú qué le dijiste?
MERCEDES.- Quien no comprende una mirada tampoco va a comprender un par de frases. Además, esa gente lo único que sabe hacer son rotondas. Eso o inaugurar parques. Mierda para los parques y mierda para las rotondas.

Indalecio *le da un paquete con algo dentro a* Mercedes.

INDALECIO.- No deberías haberle rascado.
MERCEDES.- Lo siento.
INDALECIO.-Ve con ojo...
MERCEDES.-Tranquilo, no me pillan.

Mercedes *empuña fuerte la medalla de su cuello.*

MERCEDES.-A mí no me pillan.
INDALECÍO.-Van doscientos, en dos placas.

Mercedes *comprueba la mercancía, sonríe, saca un fajo de billetes y se lo ofrece a* Indalecio.

MERCEDES.- Cuéntalos.

Indalecio *coge los billetes y los cuenta. De repente, para y mira fijamente a* Mercedes.

INDALECIO.- ¿Qué tienes que hacer esta tarde?
MERCEDES.- Colocar esto. Ya junto casi otros seis mil.
INDALECIO.- ¿Dónde?
MERCEDES.- Con unos rusos, en la playa, dentro de dos horas. ¿Por qué?

INDALECIO.- ¿Dos horas?
MERCEDES.- Sí, ¿porque?
INDALECIQ- ¿Has subido alguna vez a la casa de arriba?
MERCEDES.- ¿A que casa?
INDALECIO.- Donde los árabes.
MERCEDES.- ¿Dónde los hombres o donde las mujeres?
INDALECIO.- Donde las mujeres.
MERCEDES.- Nunca.

Silencio.

INDALECIO.- ¿Has visto a Farida?
MERCEDES.- No.
INDALECIO.- ¿Por dónde has venido?
MERCEDES.- Por el camino de siempre. ¿Qué pasa?

Silencio.

INDALECIO.- Esta vez no ha sido por contar ninguna de mis historias. Estoy aquí por otra cosa.

Silencio.

INDALECIO.- Me pillaron, Mercedes. Con Farida. En el invernadero.

Indalecio *abandona el almacén y se dirige hacia el invernadero. Allí está* Farida. Mercedes, *desde el almacén, contempla la escena.*

La hora del bocadillo

Indalecio *lleva una de sus manos hasta la cintura del chándal de* Farida *y le desanuda el lazo.*

INDALECIO.- He soñado con esto muchas veces.

Farida *mira a un lado y al otro para asegurarse de que no viene nadie. Luego mira su reloj.*

INDALECIO.- Aún quedan diez minutos.

Farida *traga saliva.*

INDALECIO.- La hora del bocadillo no acaba hasta en punto. Mi padre duerme siempre hasta la una.

Indalecio *posa sus rodillas sobre la tierra.*

FARIDA.- ¿Qué *hases?*
INDALECIO.- Tranquila, todo saldrá bien.

Farida *aguanta la respiración, cierra los ojos y el* Hijo *aparece fuera del invernadero.* Indalecio *agarra los elásticos de la cintura del chándal de* Farida *y tira de ellos hacia abajo.* Farida *grita.* Indalecio *pone la palma de su mano sobre la boca de* Farida *y ésta parece calmarse.*

INDALECIO.-Todo saldrá bien.

El Hijo *cree haber oído algo.* Indalecio *vuelve a arrodillarse y* Farida *cierra los ojos. Dentro, la imagen recuerda a una de esas estampas en las que, mientras un niño reza arrodillado, una Virgen se le aparece.* Indalecio *acerca su nariz a las braguitas de* Farida, *aspira fuertemente y* Farida *echa una de sus piernas sobre uno de los hombros de* Indalecio. Indalecio *la invita a que haga lo mismo con la otra pierna. Para no caerse,* Farida *alza sus brazos y se agarra a los alambres del techo del invernadero. El* Hijo *saca un encendedor de su bolsillo y lo enciende.*

MERCEDES.- No hace falta que sigas, Indalecio, me lo puedo imaginar.

Farida *baja e* Indalecio *camina de vuelta al almacén. El* Hijo *desaparece.*

En la puerta hay una cruz

INDALECIO.- Perdóname.
MERCEDES.-A mí no tienes por qué pedirme perdón. Además...

Indalecio *se acerca hasta* Mercedes, *le arranca de las manos el paquete con el hachís, se retira unos pasos y lo aprieta contra su pecho.*

MERCEDES.- ¿Qué haces?
INDALECIO.- Hay una acequia. Después de la acequia, una caseta con un perro. Tiene la cadena larga y puede correr hasta diez metros, pero nunca llega al terraplén. Mantente bien pegada a tu izquierda. Si te pegas al borde no hay peligro. En cuanto pases la caseta, verás una balsa. Detrás de la balsa, un aljibe. Y detrás del aljibe, la casa. En la puerta hay una cruz pintada.

Mercedes *mira el paquete con el hachís.*

MERCEDES.- Indale...
INDALECIO.- Lo siento.
MERCEDES.- No puedes hacerme esto.

No hay réplica.

MERCEDES.- ¿Cómo voy a volver a entrar al almacén?

Indalecio *señala en dirección a la ventana.*

MERCEDES.- ¿Estás loco? ¿Qué quieres que haga para llegar hasta ahí arriba?

INDALECIO.- Cuando vuelvas, tira una piedra. Te vas hasta el portón y me cuentas lo que te han dicho. La voz se cuela perfectamente por las bisagras. Luego te lanzo la bolsa por la ventana.

Silencio.

INDALECIO.- Han pasado ya siete días y no sé nada de ella. Esta vez no me han dejado salir ni para hacer mis necesidades.

Mercedes *desconfía.*

INDALECIO.- Lo hago allí detrás. En unas bolsas.

Silencio.

INDALECIO.- Sube hasta la casa, toca a la puerta y pregunta por Farida. Si te das prisa, en media hora has ido y has vuelto... y aún te dará tiempo a llegar a la playa.

Silencio.

INDALECIO.- En media hora has ido y has vuelto.

Silencio.

INDALECIO.-Yo no voy a moverme de aquí.

Mercedes *mira su reloj. Silencio. Luego mira a* Indalecio, *la alta ventana, el paquete de hachís...* Mercedes *sale disparada del almacén.* Mercedes *corre cuesta arriba, rumbo a la casa de las mujeres.* Indalecio *vuelve a recostarse junto a su manta. El* Hijo Mayor, *que sostiene entre sus manos un pantalón, unos calzoncillos, unos calcetines y una camiseta, aparece, dentro del almacén.*

Cuando mueras hablarán de tí

HIJO MAYOR.- Pensé que estarías más sucio.
INDALECIO.- Soy como los gatos, me basta con pasarme la lengua por encima.

El Hijo Mayor *le ofrece a* Indalecio *la ropa.*

HIJO MAYOR.- Es una muda. Está limpia.
INDALECIO.- Van a rezarme. Habéis llamado a esa mujer.
HIJO MAYOR.- Lo hacen por tu bien. No se lo pongas más difícil.

El Hijo Mayor *extiende sus brazos. Sobre ellos, la muda. Silencio.* Indalecio *comienza a quitarse la ropa.*

HIJO MAYOR.- ¿Por qué no le dijiste nada?

INDALECIO.- ¿A quién?
HIJO MAYOR.- Al papá.
INDALECIO.- Le dije que lo quería a él, pero no sus tierras.
HIJO MAYOR.- Indalecio, sin dinero no se puede comer.
INDALECIO.- ¿Y qué?
HIJO MAYOR.- ¿Cómo que y qué?
INDALECIO.- Ángel, a mí no me gusta la tierra.

Silencio.

INDALECIO.-Además... míranos. Somos unos desgraciados.
HIJO MAYOR.- ¿Por qué vamos a ser unos desgraciados?
INDALECIO.- ¿Tú me lo preguntas?
HIJO MAYOR.-Venga, Indalecio, deja de decir tonterías.
INDALECIO.- No son tonterías, lo que pasa es que vosotros sólo entendéis lo que os interesa, por eso pensáis que estoy loco, porque así es todo mucho más sencillo.
HIJO MAYOR.-Yo no creo que estés loco.
INDALECIO.- ¿Ah, no?
HIJO MAYOR.- No.
INDALECIO.-Y, ¿por qué nunca dices nada?
HIJO MAYOR.- Indale...
INDALECIO.- ¡No, responde! ¿Por qué nunca dices nada? ¿Por qué no abres la boca? ¿Por qué no das tu opinión?

Silencio. El Hijo Mayor *no puede hablar. Entonces dirige su mirada en dirección a la higuera y se queda pasmado.*

HIJO MAYOR.-Yo...

Silencio.

HIJO MAYOR.-Yo...

Silencio.

HIJO MAYOR.-Yo, a veces, me miro y es... me miro y es como si detrás de mí hubiese otra persona... otra persona que se parece a mí y que me mira, pero que no soy yo.

El Hijo Mayor *sigue mirando en dirección a la higuera.*

HIJO MAYOR.- A menudo pienso en mí y lo hago como si yo no estuviese vivo. Cada vez que me acuesto... cada vez que me levanto... creo que voy a morirme. Tengo miedo desde hace mucho tiempo y no sé por qué. A ratos me creo con fuerzas, pero luego me doy cuenta de que estoy perdiendo el tiempo y de que nunca seré capaz. Se me coge un nudo aquí, en la garganta, como si un demonio me asfixiara por dentro y, aunque quiera gritar... de mi boca no

sale ni un ruido... ni una gota de aire... nada. Lo peor de todo...

El Hijo Mayor *baja la mirada.*

HIJO MAYOR.- Lo peor es que no sé por qué me pasan estas cosas.

El Hijo Mayor *vuelve a mirar a su hermano* Indalecio.

HIJO MAYOR.- Llevo más de una semana que no pego ojo pensando en lo que estarás haciendo aquí dentro. Sigues escribiendo, seguro.

El Hijo Mayor *se lleva los dedos índices a sus sienes y comienza a hacer círculos concéntricos alrededor de éstas.*

HIJO MAYOR.- Con el molinillo.

Indalecio *sonríe.*

HIJO MAYOR.- Eso tienes que a mí me falta. Tú sabes pasártelo bien en todas partes. ¿Es como lo de *Rambo?*
INDALECIO.- Parecido.
HIJO MAYOR.- ¿Y cómo se llama?
INDALECIO.- Se llama *Dentro de la tierra.*
HIJO MAYOR.- *Dentro de la tierra* suena bien.
INDALECIO.- Me alegro de que te guste.*Silencio,*
INDALECIO.- Supongo que habrás estado buscando tus revistas.

El Hijo Mayor *piensa.*

INDALECIO.- Las tengo en mi cuarto, en el hueco de los cajones de mi armario. Pillé a José Antonio registrando en tu dormitorio. Así que, antes de que diese con ellas, las cogí. Quise habértelo dicho pero no me dio tiempo.
HIJO MAYOR.- No sé de qué revistas me hablas.

Silencio.

INDALECIO- Sé que escondes esas revistas desde hace años.

Ángel *mira hacia el suelo.*

INDALECIO.- Ángel, hay días en los que nos sentamos a comer y te veo las marcas de las muñecas, como si acabaran de desatarte para que te sientes a comer.

Silencio.

INDALECIO.- Ellos saben que en el mundo existen millones de hombres a los que les sucede lo mismo que a ti pero en estos pueblos es fácil morirse sin haber llegado a abrir la boca. Si estás esperando a que alguien se te acerque y te pregunte, olvídalo ya. Cuando mueras hablarán de ti. Cuando te mueras.

Indalecio *coge la mano de su hermano y tira de él pero éste no se mueve, no avanza, se queda quieto, inmóvil, como si estuviera pegado al suelo.* Indalecio *lo mira unos instantes y luego, él solo, abandona el almacén. Fuera están el* Padre, *el* Hijo *y una curandera:* La Quinta.

Dentro de la cabeza

La Quinta *sostiene una sartén y una botella de agua. En una suerte de coreografía inaugural,* La Quinta *comienza a besarse, una a una, las yemas de los dedos y a cruzarse de señales el pecho, la cabeza y los hombros. Luego abre la botella y besa repetidas veces el tapón. Vierte el contenido de la botella dentro de la sartén, agarra el mango con las dos manos y la coloca sobrevolando la cabeza de* Indalecio. *El resto de la familia observa la escena, menos el* Hijo Mayor, *que continúa inmóvil dentro del almacén.*

LA QUINTA.- Interpongo este agua, bendita y pura, entre Indalecio y el cielo, locura y desgracia, cordura y verdad, para que escuches nuestro llanto, Dios Nuestro Señor, las lágrimas de su familia, ellos, que también te aman, siguiendo tu camino y observando tus mandamientos, tus leyes y tus preceptos, tu forma de amar, tu mundo que es el nuestro; ruego bendigas e intercedas por nosotros, tus hijos, pobres y pequeños, débiles y atormentados, inútiles como nos postramos ante el gran enigma de la vida; empuja y arranca de Indalecio, de una vez y para siempre, el sol de su cabeza, y entra tú, Ser Misericordioso, tomando posesión de su alma y ordenando las leyes de su cuerpo, apartándolo de las sombras, dirigiendo su corazón hacia la luz, ofreciéndole constancia, claridad, fortaleza y pulso ante la mentira, el delito y el pecado, la perdición y el horror; haciendo, Señor que todo lo puedes, salga de su cabeza el fuego en el que viven y respiran sus ideas.
PADRE.- En el nombre del Padre...

El Hijo Mayor *abandona el almacén y se reúne con el resto de su familia.*

HIJO.- ...del hijo...
HIJO MAYOR.- ...y del Espíritu Santo...

Silencio. Todos miran a Indalecio.

INDALECIO.-Amén.

Todos pegan la vista a la sartén. Silencio. Allí no pasa nada.

LA QUINTA.- No hierve.
PADRE.- ¿Cómo que no hierve?
LA QUINTA.- Los mismos focos tienen ustedes que yo. Para darse cuenta de las cosas que pasan en el mundo, para eso los tenemos, y muy bien puestos entre la frente y la nariz. Dos, corno dos soles. El agua no ha hecho ni una pompa.

PADRE.- Eso no puede ser.
LA QUINTA.- Si es menester, por mí que no quede, yo le rezo las veces que haga falta, pero a este niño no tiene pinta de pasarle maldecía la cosa.
HIJO.- ¿Está usted segura?
LA QUINTA.- La sartén es la que habla y la sartén ha dicho que no.
PADRE.- Por esta zona hay mucha gente a la que se le mete el sol... Eso hemos oído decir...
LA QUINTA.- Hay veces que salta a la vista y directamente no rezo, pero he tenido problemas con las familias, se enfadan y... bueno... quieren que lo intente por lo menos una vez, por si estoy equivocada; y yo lo entiendo, pero ya lo han visto ustedes mismos: cero.

La Quinta *hace ademán de recoger y marcharse.*

HIJO.- ¿A dónde va?
LA QUINTA.- Siento si les he decepcionado pero esto no es un espectáculo, yo no soy un mago y ustedes tampoco han pagado ninguna entrada. El agua no tiene por qué hervir. Así que, si me permiten, me voy por donde he venido, que todavía tengo muchas cosas que hacer.
PADRE.- ¿Y mal de ojo? Hay gente que lo echa, incluso sin darse cuenta.
LA QUINTA.- Si se les hunde el dedo en la coronilla, mala cosa, pero si la mollera la tienen dura, entonces no hay mal de ojo que valga.

El Padre, *el* Hijo *y el* Hijo Mayor *se tocan la coronilla intentando hundir sus dedos en la mollera.*

LA QUINTA.- El hueso se reblandece y se queda hecho un chicle, pero aquí, el mocico...

La Quinta *golpea con sus nudillos en la mollera de* Indalecio.

LA QUINTA.- Este niño tiene la coronilla más dura que el mango de esta sartén. Lo siento, pero yo sólo rezo. Si con eso no se cura... no tengo otros remedios.

La Quinta *se da la media vuelta. El* Padre *y el* Hijo *la detienen.*

El proceso

PADRE.- Nos observa. No sabemos por qué.
HIJO.- Y hace cosas raras.
PADRE.- Dice que escribe.
HIJO.- Que escribe con la cabeza.
PADRE.- En la escuela dejaba los controles siempre en blanco.
HIJO.- ¿Cómo va a ser escritor?
PADRE.- No sabe la vergüenza que hemos pasado con él.
INDALECIO.- Por eso me castigan.

HIJO.- Que lo encerramos a oscuras en yo no sé cuántos sitios diferentes, eso dice.
PADRE.- Figúrese lo que piensan de nosotros en el pueblo.
HIJO.- Nos miran de reojo cada vez que bajamos.
PADRE.- Esa cruz llevamos encima.
LA QUINTA.- ¿Lo hacen?
PADRE,- ¿Nosotros?
HIJO.- Él mismo es quien se encierra.
PADRE.-Y apaga la luz.
HIJO.- En el hueco que menos se imagine.
PADRE.- Allí está él, como si fuese un murciélago.
HIJO.- Siempre tengo que salir a buscarlo, por todos sitios.
PADRE.- Desaparece.
HIJO.- Cuando lo encontramos está como ido.
PADRE.- Acurrucado.
HIJO.- En cualquier parte.
PADRE.- Dice que está escribiendo. El otro día...

Silencio.

PADRE.- El otro día lo encontramos tirado en mitad de un bancal.
HIJO.- Llevaba una manta echada por encima.
PADRE.- Parecía un pordiosero.
INDALECIO.- Ahora dicen que se preocupan por mí.
HIJO.- Esto está lleno de gentuza.
PADRE.- ¿Cómo no vamos a estar preocupados?
INDALECIO.- Me encierran y me apagan la luz, para que no pueda ver nada, pero yo consigo escaparme. Ellos no lo entienden, no saben cómo lo hago, pero yo me escapo, siempre me escapo.
PADRE.- Miente más que parpadea.
HIJO.- Ahora dice que se escapa y que no sabemos por dónde.
PADRE.- Mañana puede salirle con váyase usted a saber qué cuento.
INDALECIO.- Hace poco conocí a una chica.
PADRE.- ¿Lo ve?
INDALECIO.- Se llama Farida.
HIJO.- Él no tiene trato con los trabajadores.
INDALECIO.- Se llama Farida y somos novios.
PADRE.- Lo hace para ponernos en evidencia.
INDALECIO.- ¿Es deshonroso que mantenga relaciones con los trabajadores?
HIJO.- ¿Lo está oyendo?
PADRE.- Explica muy bien las cosas.
HIJO.- Se las inventa, pero las dice como si fuesen verdad.
INDALECIO.- Llevo encerrado en el almacén más de una semana. Han mandado a mi hermano Ángel a por mí. Le han dado ropa limpia y le han dicho que me cambie, porque sabían que venía usted.

PADRE.- No le haga caso.
INDALECIO.- Es un castigo. El otro día me pillaron con Farida en el invernadero. A ellos no les gusta porque es árabe.
PADRE.- ¿Usted ve normal que un niño como él ande de acá para allá, citándose con esa gente?
HIJO.- En los pueblos de por aquí cerca hay chicas.
PADRE.- Hay cientos, miles de chicas.
HIJO.- Pero él no quiere amistad con ninguna.
PADRE.- Dice que son vulgares.
HIJO.- Pero las moras no. Las moras no son vulgares.
INDALECIO.- Hago mis necesidades dentro de una bolsa, luego la ato para que no huela. Mi madre murió por los venenos. Se intoxicó. Cuando llegamos al hospital ya era demasiado tarde. El médico le ha dicho a mi padre que a él tampoco le queda mucho, por eso ha dividido la tierra. Por lo visto, le van a tener que hacer un agujero en el cuello. Mi hermano Ángel anda siempre con ese traje protector porque se le revienta la piel. Se le abren unas heridas en la espalda y comienzan a sangrarle a chorros.
PADRE.- ¡Lo de Ángel es una alergia!

El Hijo Mayor *mira a* La Quinta.

HIJO MAYOR.-Y se me va a curar.
INDALECIO.- Ángel nunca habla. Y casi no se mueve.

El Hijo Mayor *da un paso atrás.*

INDALECIO.-Tiene miedo de todo lo que pueda salir de su cuerpo.

El Hijo Mayor *agacha la cabeza.*

HIJO.- Nos insulta en nuestra cara y se queda tan ancho.

El Hijo Mayor *comienza a ponerse nervioso y parece que va a echarse a llorar.*

PADRE.- ¡Ángel no habla porque es tímido!
HIJO.- Desde que nació ha estado metido en carnes y siempre ha tenido un poco de complejo.
INDALECIO.- Ángel cree que mi hermano y mi padre le atan las manos para que no se rasque pero, en realidad, lo hacen porque de pequeño siempre fue un poco amanerado y lo intentan corregir.

El Padre *junta sus manos e implora a* La Quinta.

PADRE.- Haga algo, por favor.

El Hijo Mayor *sale corriendo hacia la higuera.*

PADRE.- ¡No abre la boca si no es para poner a todo el mundo en nuestra

contra! ¡Ángel! ¿A dónde vas?
INDALECIO.- Los moros sólo sirven para recoger tomates. No sabe la de veces que he tenido que escuchar esa frase.
PADRE.- ¡Se lo suplico, haga algo!

El Hijo Mayor *desaparece tras el tronco de la higuera.*

INDALECIO.- Farida y yo estamos enamorados. Eso es lo que les molesta.
HIJO.- ¡Saben que tenemos dinero! ¡Lo sabe todo el mundo!
PADRE.- ¡El no lo entiende pero esas niñas no tienen donde caerse muertas!
HIJO.- ¡Vienen buscando!
PADRE.- ¡Están a la que salta!
HIJO.- ¡En un descuido!
PADRE.- ¡Cuando uno menos se lo espera!
HIJO.- ¡Ya se te han subido encima!
PADRE.- ¡Y se te han abierto de patas!
HIJO.- ¡Hay que andarse con ojo!
INDALECIO.- No tienen ni idea. Nunca han cruzado más de cuatro palabras con ninguna.
PADRE.- Escúchenos, le daremos lo que nos pida pero, por favor, haga algo, lo que sea.
INDALECIO.- Lo que más les molesta es que entre en su invernadero. No quieren que nadie ponga un pie dentro. Ni siquiera yo. Por eso lo tienen siempre cerrado.
LA QUINTA.- ¿Qué guardan dentro de ese invernadero?

Silencio.

PADRE.- Qué pregunta. ¿Qué vamos a guardar?

Silencio.

PADRE.- ¿No se creerá todo lo que le está diciendo este descerebrado?
INDALECIO- Cultivan tomates de forma secreta.
PADRE.- Es obsesión lo que tiene con ese invernadero.
INDALECIO.- Experimentan con ellos.
HIJO.-Tenemos productos caros y los guardamos dentro para no tener que andar tirando... ¿Sabe lo que valen esos líquidos?
PADRE.- No es la primera vez que hemos pillado a alguno metiendo la zarpa.
HIJO.-Y no hablamos de los moros, ni de los negros, ni siquiera de los rumanos, la misma gente de por aquí.
PADRE.-Vienen de otros invernaderos.
HIJO.- Para llevarse material. Pagan a rateros.
PADRE.- Los mismos propietarios de las tierras de aquí al lado.
HIJO.- Esto está lleno de gentuza.
PADRE.- Los del cortijo de allí enfrente andan siempre metidos en temas de droga. Ellos se la pasan a los moros, barata, y los moros la distribuyen, es una

cadena.
HIJO.-Tenemos miedo.

El Hijo *mira al* Padre. *Silencio,*

PADRE.- Imagínese que le da por inventarse cualquier historia y denunciarnos a la Policía.
LA QUINTA.- ¿Ha intentado hacerlo alguna vez?
INDALECIO.- El más listo de todos esos polis no sabría ni hacer la o con un canuto. Si la gente roba y trafica será por algo.
PADRE.- ¡Tu primo es policía!
INDALECIO.- Sí, es policía, pero además es un bruto, un celoso y un borracho. Se entretiene zumbándole a su novia. La pobre está medio tarumba de lo porrazos que lleva encima. Tendría que verla, da pena. El ojo derecho le llega ya casi por la barbilla. Así que figúrese. A mí no me hace falta ninguna Policía.

Suena una alarma y todos se detienen.

LA QUINTA.- Soy yo. Es mi alarma. La pongo porque se me va el santo al cielo.Tengo que marcharme.

La Quinta *muestra el reloj de su muñeca.*

LA QUINTA.- Me lo trajo mí sobrino, de Italia. Es un reloj muy moderno, se pueden mandar mensajes, como en un móvil.

Todos, menos Indalecio, *miran embobados el reloj.*

LA QUINTA.- Mi sobrino vive en Italia. Yo nunca he estado, pero tiene que haber mucha tecnología. Antes, todas estas cosas venían siempre de Ceuta. ¿Ustedes han estado alguna vez en Italia?

Silencio.

LA QUINTA.- ¿Y en Ceuta?

Silencio.

LA QUINTA.- En casa tengo otro igual. Es el compañero, vienen por parejas, dentro de la misma caja. Se comunican directamente. Tienen la misma onda. En algún rincón de mi dormitorio guardo unas oraciones, algo que nunca saco porque no suelo utilizarlas, son muy antiguas y ya casi no me acuerdo. Pero que las tengo, eso es seguro. Son oraciones lentas. Así que el reloj nos ayudará.

La Quinta *se quita el reloj de su muñeca* y *se lo pone a* Indalecio.

LA QUINTA.- Se las iré mandando a través de los mensajes. Los relojes están sincronizados, la onda los conecta las veinticuatro horas.

La Quinta *comienza a recoger sus cosas, que no son muchas.*

PADRE.- Un momento.
LA QUINTA.- No se preocupen. Si me acuerdo, les traeré unas cuantas postales de las que manda mi sobrino. Son fuentes, italianas, para que las vean. Fuentes preciosas, como si no las hiciesen en este mundo. Ya nos vendrían bien por aquí un par de fuentes como las de Roma. ¿No les parece? ¡Qué forma de tirar el agua! ¡Salen chorros por donde menos se lo espera uno! Los pétalos de una flor, la boca de un pez lobo, los ojos de un angelillo... Y en vivo y en directo, eso tiene que ser... para echarse a llorar allí mismo. Algún día iré con mi sobrino. Y si los veo, les compraré unos relojes como éstos, uno para cada uno. Y les mandaré una postal, para que la tengan de recuerdo. Son postales buenas, no como las de aquí. De cartón, nada de papel, cartón duro duro, de calidad, postales de calidad, italianas, como el reloj. Así que no les digo más.

La Quinta *dibuja en el aire una señal de la cruz, luego se besa las puntas de los dedos y todos desaparecen, todos menos* Indalecio, *que continúa encerrado, tirado en el suelo, dentro del almacén, junto a la manta.* Indalecio *contempla el reloj que* La Quinta *le ha colocado en su muñeca, Aparece* Mercedes *fuera del almacén.* Mercedes *se agacha, recoge una china del suelo y la lanza. La china se cuela por la alta ventana y cae dentro del almacén.*

Bélgica

Mercedes *e* Indalecio *corren hacia el portón metálico y hablan a través de el.*

MERCEDES.- ¡Hice lo que me dijiste! ¡Había varias puertas, toqué donde la cruz pintada! ¡Me abrió una muchacha!
INDALECIO.- ¿Farida?
MERCEDES.- ¡No, no era ella!
INDALECIO.- ¿Quién era?
MERCEDES.- ¡No sé, nunca la había visto! ¡Me dijo que hace como una semana que Farida ya no vive en esa casa!
INDALECIO.- ¿Qué más?
MERCEDES.- ¡Me dijo algo de Bélgica!
INDALECIO.- ¿Algo de Bélgica?

El Padre *y el* Hijo *aparecen dentro del invernadero.*

MERCEDES.- Sí, y de un camión, pero no sé si la entendí bien.

Silencio. El Hijo *saca una mesa plegable, la abre y la coloca asegurándose de que las patas quedan bien encajadas en la tierra. Hace lo mismo con una silla. El* Padre *se sienta en ella y el* Hijo *pone ante el* Padre *una bandeja. El* Hijo *pasea entre las ramas hasta que escoge un tomate y lo arranca de la*

mata.

MERCEDES.- ¿Estás ahí?

El Hijo *deja el tomate sobre la bandeja y dispone un cuchillo, una aceitera y un salero sobre la mesa. Como una especie de paje, el* Hijo *permanece de pie junto al* Padre. Indalecio *se retira del portón, va hacia el paquete de hachís y lo introduce dentro de una bolsa. Junto al hachís, mete también el fajo de billetes que* Mercedes *le había dado. El* Hijo *coge el cuchillo y, cuidadosamente, parte el tomate por la mitad, desde la marca del tallo hasta sus antípodas.* Indalecio *apunta y lanza la bolsa con potencia. La bolsa alcanza la altura de la ventana y se cuela por ella.* Mercedes, *que aún sigue junto al portón, oye un ruido: es la bolsa, que ha caído al suelo. El* Padre *separa las dos mitades del tomate y las coloca dentro de la bandeja.* Mercedes *corre hasta la bolsa, que está tirada en el suelo y se hace con ella. El* Padre *coge una mitad del tomate. Huele.* Mercedes *abre la bolsa. El* Padre *le cede el tomate al* Hijo *y éste lo coge y lo huele.* Mercedes *comprueba el material pero dentro se encuentra con el dinero que ella misma le había dado a* Indalecio *para pagar la mercancía.* Mercedes *saca el dinero y, extrañada, lo mira. El* Hijo *devuelve la mitad del tomate al* Padre *y le dedica una sonrisa.* Mercedes, *extrañada, vuelve a agacharse para coger otra china que lanza a través de la alta ventana. La china alcanza la altura de la ventana y cae dentro del almacén. De nuevo,* Indalecio *camina hacia el portón metálico, esta vez sin entusiasmo. Al otro lado ya está* Mercedes.

MERCEDES.- ¡Tu dinero!

El Padre *se lleva la mitad del tomate a la boca, le da un gran mordisco y devora el bocado prodigiosamente.*

MERCEDES.- ¿Indalecio, me oyes?

Silencio.

MERCEDES.- ¡Me has vuelto a tirar el dinero que te di!

El Padre, *satisfecho, devuelve al* Hijo *una sonrisa de oreja a oreja.* Indalecio, *que está al otro lado del portón, no responde.*

MERCEDES.- ¿Indalecio?

Una ráfaga de viento sacude y levanta la tierra, que se estrella contra las ventanas, ios plásticos y los muros de la casa. Todos menos Indalecio, *extrañados, miran, a su alrededor. Silencio.* Mercedes *golpea la puerta del almacén y el* Padre *le cede al* Hijo *la mitad del tomate mordido para que éste se lo lleve a la boca. El* Hijo *le pega un bocado.*

MERCEDES.- ¿Indalecio?

El Hijo, *con el tomate en la boca, mira al* Padre *y le hace un gesto afirmativo. Entonces, el* Hijo *agarra el salero, se lo cede a su* Padre *y éste lo coge y comienza a echar sal sobre la otra mitad del tomate. Una vez enderezado el salero, el* Hijo *lo coge de las manos del* Padre *y lo devuelve a la mesa. El* Hijo *agarra la aceitera y se la ofrece al* Padre. Indalecio *se aleja de la puerta metálica y vuelve a sentarse junto a la manta. El* Padre *agarra y vuelca la aceitera. El aceite comienza a caer sobre la otra mitad del tomate.* Mercedes *mira en dirección a la puerta metálica, luego vuelve a mirar el dinero. El* Padre *endereza la aceitera, la separa de él unos centímetros y* Mercedes *lleva su mano hacia la medalla con la foto de su hija.* Mercedes *empuña con fuerza la medalla y sale disparada en dirección a la playa. El* Hijo *retira la aceitera de la mano del* Padre *y la vuelve a dejar sobre la mesa. El* Padre *agarra con la mano la mitad del tomate rociado de sal y aceite y le pega un mordisco. Lo devora. El* Padre *mira al* Hijo *y, con el tomate aún dentro de la boca, sonríe de forma rotunda. El* Padre *parece, señalar el sí definitivo, le da a su* Hijo *lo que resta de la mitad del tomate mordido por él mismo y el* Hijo *lo coge y lo introduce dentro de su boca. El sol comienza a brillar, cada vez con más fuerza, tanto que comienza a colarse por el cuadrado de la ventana del almacén. Como una espada de luz, los rayos caen sobre la cabeza de* Indalecio. *El* Padre *y el* Hijo *recogen el chiringuito, sacan una espuerta y empiezan a quitar de las matas los tomates, uno a uno, con cuidado de no arrancarles el pezón. Los rayos de sol siguen entrando con fuerza por el hueco de la alta ventana. El reloj de* Indalecio *suena. Es* La Quinta, *que le ha enviado un mensaje,* Indalecio *aprieta uno de los botones del reloj, lee el mensaje y asombrado, dirige su mirada hacia el recuadro de la ventana por el que entra toda la luz. El reflejo de ios rayos dificulta su visión. El* Padre *y el* Hijo *siguen llenando la espuerta de tomates.* Indalecio, *dentro del almacén, se coloca la manta por encima, cierra los ojos y el* Hijo Mayor *aparece junto a la higuera, enfundado en su ya habitual traje protector de color blanco. El* Hijo Mayor *agarra sus dos piedras de detrás del tronco del árbol y posa sus rodillas sobre la tierra. Cuando* Indalecio *abre los ojos ya no está dentro del almacén, sino en el invernadero. El* Padre *y el* Hijo *han desaparecido. Los tomates también.*

Dudas y cansancio

HIJO MAYOR.- La ventana es el único sitio por el que pudiste escapar pero estaba demasiado alta. Dentro no te dejaron nada con lo que poder alcanzar el hueco. Nadie sabe cómo lo hiciste. Papá mandó a nuestro hermano a buscarte. Yo me quedé aquí, esperando, como de costumbre, junto a la higuera.

Dentro del invernadero aparece Farida *con el pelo al aire.*

INDALECIO.- ¿Farida?

Silencio.

INDALECIO.- Mandé a Mercedes a preguntar a la casa de arriba. Una de las chicas le dijo que te habían subido al camión.

Silencio.

INDALECIO.- Me alegro de que, al final, todo haya sido un malentendido.

Silencio.

INDALECIO.- Llevo más de una semana encerrado en el almacén.

Silencio.

INDALECIO.- ¿Dónde está tu pañuelo?

Farida *sonríe.*

INDALECIO.- ¿Ya no llevas?

Farida *hace un gesto de negación.*

INDALECIO.- Le di tu dinero a Mercedes, para su hija. Pensé que ya no volvería a verte.

Silencio.

INDALECIO.- ¿No me vas a decir nada?

Silencio.

FARIDA.- *Ricuerda: iscribir is* como *disvelar* un misterio. No hay mapas que lleven a *tisoros* ocultos y nunca hay una equis que indique el lugar.

Indalecio *extiende su brazo con la intención de tocar a* Farida *pero no lo consigue.*

INDALECIO.- Mañana es mi cumpleaños.

Silencio.

INDALECIO.- Me gustaría que vinieras.

Farida *sonríe.*

INDALECIO.-Te estoy invitando.

Silencio.

INDALECIO.- ¿Vendrás?

Farida *hace un gesto afirmativo y se da la media vuelta.*

INDALECIO- ¿Vendrás?

Farida *se detiene, gira su cabeza y mira a* Indalecio. *El* Hijo Mayor, *que continúa sujetando las piedras arrodillado bajo la higuera, vuelve a pronunciarse.*

HIJO MAYOR.- Después de buscarte durante horas, nuestro hermano te encontró.

El Hijo *aparece dentro del invernadero.*

HIJO MAYOR.- En tus ojos podía verse el cansancio de quien llevara semanas intentando atravesar la totalidad de un desierto. Perdido.

HIJO.- Esta será la última vez, Indalecio.

Indalecio *se da la vuelta. Su hermano José Antonio y él se encuentran cara a cara.*

HIJO.- Te juro por Dios que será la última.

Indalecio *vuelve a girarse para despedirse de* Farida *pero ésta ya no está, ha desaparecido. El* Hijo Mayor *se levanta, deja las piedras tras el tronco de la higuera y permanece unos instantes de pie, junto al árbol.*

HIJO MAYOR.- Las palabras no existieron esa noche. Al día siguiente, nadie se acordaba bien de lo sucedido.

El Hijo *camina hacia* Indalecio, *lo coge del brazo y lo saca del invernadero de vuelta al patio. Allí está el* Padre, *sentado.*

HIJO MAYOR.- En la casa se respiraba otro ambiente, un ambiente mucho más hogareño, quizá debido a que se trataba de un día especial. O quizá ese día no fuese el siguiente, sino otro… Las fechas importantes tienen eso. Los viajes, los bautizos, las fiestas de año nuevo, siempre acaban confundiéndose, hasta que todas terminan mezcladas y convertidas en una sola.

Frente al Padre, *sobre la mesa, una bandeja tapada.* Indalecio y el Hijo *se acomodan, cada uno en una silla. El* Hijo Mayor *desaparece tras el tronco de la higuera.*

El sabor del tomate

PADRE.- Hemos pensado que, por tratarse del día de tu cumpleaños, y ya que aún no tienen nombre... seas tú quien los bautice.

El Padre *destapa la bandeja. Dentro hay tres tomates.*

HIJO.- Felicidades,

Indalecio *esboza una sonrisa.*

PADRE.- Los han tasado esta mañana.
HIJO.-Y lo hemos conseguido.
PADRE.- Un record hasta la fecha.
HIJO.- Ocho con cincuenta el quilo.

Silencio.

PADRE.- ¿Qué?
HIJO.-¿No te lo crees?

El Padre *hace un gesto y el* Hijo *saca un papel que tira encima de la mesa.*

PADRE.-Ahí tienes la factura.
HIJO- De aquí a un par de años...
PADRE.- Ricos. No existe variedad más cara.
HIJO- En el mundo entero.

El Padre *y el* Hijo *sonríen.*

PADRE.-Y tú te preguntarás que si en la lonja nos han pagado eso, ¿a cuánto van a salir al mercado?
HIJO.- Pero eso ya no es asunto nuestro.
PADRE.- Aunque tu hermano y yo pensamos que, mínimo...

El Padre *y el* Hijo *se miran.*

HIJO.- ¿Trece?
PADRE.- ¿Catorce?
HIJO.- ¿Quince euros el quilo?

El Padre y *el* Hijo *sueltan, a la par, una carcajada.*

PADRE.- ¿Que quién va a ser el tonto que compre unos tomates a ese precio?
HIJO.- ¿Quién iba a comprar los raf hace cinco años a seis o siete euros?
PADRE.- Hoy los piden en todos los supermercados.
HIJO.- Pues estos...
PADRE.- Igual.

Silencio.

PADRE.- ¿Qué?

Silencio.

HIJO.- ¿Cómo te has quedado?

Largo silencio. El Padre *y el* Hijo *miran fijamente a* Indalecio.

PADRE.- ¿Te pasa algo, Indalecio?

INDALECIO.- Supongo que...

Silencio,

INDALECIO.- Pienso mucho en Ángel y... no creáis que no lo intento pero...

Aparece, de detms de la higuera, el Hijo Mayor. *Esta vez no coge las piedras, tampoco se arrodilla.*

INDALECIO.- No me lo puedo quitar de la cabeza.
PADRE.- Indalecio, por más que nos empeñemos, hay cosas que...
HIJO.- No soportaba los picores, por eso lo hizo. Déjalo ya.
PADRE.-Tu hermano sufría mucho.
HIJO.- Es duro pero...
PADRE.- José Antonio tiene razón.
HIJO.- Quizá haya sido mejor así.

Silencio.

INDALECIO.- Yo no creo que Ángel sufriese por los picores.
HIJO.- No empecemos.
PADRE.- Indalecio, estamos celebrando tu cumpleaños.
INDALECIO.- Ángel sufría por otras cosas que vosotros sabéis pero que nunca os habéis atrevido a reconocer.
HIJO.- Imaginaciones tuyas, Indalecio.
INDALECIO.- ¿Por qué le atabais las manos si no?
PADRE.- ¿Tenemos que tener nosotros la culpa de todo lo que pasa en el mundo?
INDALECIO.- ¿Por qué le atabais las manos?
HIJO.- ¡Él nos lo pedía!
PADRE.- ¡Tú, mejor que nadie, sabes que Ángel *no* podía rascarse! ¿A qué viene ahora todo esto? ¡Lo hacíamos para ayudarle! ¡Ayudarle!

El Hijo Mayor, *que continúa junto a la higuera, se pronuncia.*

HJJO MAYOR.- Indalecio me encontró colgando de la higuera, vivo todavía, con los ojos abiertos y los pies a un palmo del suelo. Intentó desatarme, pero no le fue posible.
HIJO.- No pudo resistir los picores. Ésa es la única razón.

Silencio.

PADRE.- Lo de tu hermano nos afectó a todos.
HIJO.- La diferencia es que tú eres un maniático y siempre andas dándole vueltas a las mismas cosas, una y otra vez.
INDALECIO.- ¿Yo?
PADRE.-Vamos, Indalecio, nada más enterrarlo, lo primero que hiciste fue meterte en los bolsillos ese par de piedras que Ángel agarraba para no

rascarse.
INDALECIO.- Me dan suerte. Eso no tiene que ver con ser maniático.
HIJO.- ¿Y lo de La Quinta, esa curandera?
INDALECIO.- Erais vosotros los que la llamabais.
PADRE.- Claro que éramos nosotros.
HIJO.- La llamábamos para que le rezara a Ángel en la espalda.
PADRE.- Pero tú te empeñabas en que te pusiera la sartén en la cabeza.
HIJO.- Empezabas a dar patadas.
PADRE.- Como un loco.
HIJO.- Contra el suelo.
PADRE.-Y hasta que no te la ponía, *no* parabas.

Indalecio *agarra un cuchillo. Silencio. El* Padre *y el* Hijo *lo miran. Silencio. Con el cuchillo aún en la mano, coge un tomate.* Indalecio *lleva el cuchillo hasta la raíz del tomate. El* Padre *y el* Hijo *lo siguen en la operación. Los tres, cuidadosamente y a la vez, parten el tomate por la mitad, desde la marca del tallo hasta sus antípodas. Luego cogen una mitad del tomate y la huelen. Se miran unos a otros. Los tres le pegan un bocado y lo saborean.*

HIJO MAYOR.- Aún recuerdo tu primera historia: *Rambo,* aquel gato que tuvimos y que un buen día desapareció.

Indalecio *sigue dándole vueltas al tomate dentro de la boca, concentrado.*

HIJO MAYOR.- Sin motivo aparente, el sabor de aquel tomate hizo que Farida te viniese a la memoria. Te conectó.

Indalecio *sigue concentrado.*

HIJO MAYOR.- Y, de igual forma que te ocurrió con *Rambo,* caíste en la cuenta: te acordaste de la historia de Farida y de que, hace relativamente poco, la habías vuelto a ver. ¿O no? Ante la duda, miraste a nuestro padre y le dijiste...

INDALECIO.- Papá.

El Padre *mira a* Indalecio. *Mientras, el* Hijo *continúa sentado a la mesa.*

INDALECIO.- ¿Sabes a quién vi el otro día?
PADRE.- ¿A quién?
INDALECIO.- A Farida.

Silencio.

PADRE.- Indalecio, ¿cuándo dejarás de decir tonterías?
INDALECIO- La vi.
HIJO.- Eso no es posible.
INDALECIO.- ¿Por qué no es posible?

PADRE.- Porque tu hermano la pilló metiendo las manos donde no debía.
INDALECIO.- Vosotros lo sabíais, que solía verme con Farida. ¿Qué hicisteis con ella?

Silencio.

INDALECIO.- ¡Qué hicisteis con ella!
HIJO.- ¡Ya sabes lo que hicimos con ella!

Silencio. Indalecio *hunde la cabeza.*

INDALECIO.- No puede ser.
PADRE.- Indalecio, por favor, tranquilízate.
INDALECIO.- La vi. Estaba dentro del invernadero y llevaba el pelo suelto, ya no tenía el pañuelo.

El Padre y *el* Hijo *se miran extrañados.*

INDALECIO.- La invité a mi cumpleaños. Y me dijo que sí. Me dijo que vendría.

Silencio.

PADRE.- ¿Dónde dices que la viste?
INDALECIO.- En el invernadero. Sin el pañuelo.

El Padre *y el* Hijo *vuelven a mirarse.*

HIJO MAYOR.- Papá y José Antonio se pusieron muy nerviosos.

El Padre *y el* Hijo *se levantan y rodean a* Indalecio.

HIJO MAYOR.- Entonces te cogieron cada uno de un brazo.

El Padre *y el* Hijo *comienzan a pegar a* Indalecio.

PADRE.- ¡Deja de decir mentiras!
HIJO- ¡Si sigues soltando tonterías por esa boca...!
PADRE.- ¡Vamos a tener que tomar medidas!
HIJO.- ¿Estás escuchando?
HIJO MAYOR.- Aquella noche, mientras todos dormían...

El Hijo Mayor *abandona la higuera y se dirige al círculo humano que rodea a* Indalecio. *Una vez en el patio, el* Padre *y el* Hijo *cesan de pegarle. El* Hijo Mayor *agarra del brazo a* Indalecio *y se lo lleva con él.*

INDALECIO.- ...tú me abriste la puerta y me sacaste de aquella habitación. Entonces me lo dijiste.

El Hijo Mayor *lo lleva hasta el invernadero.*

HIJO MAYOR.- A Farida no la metieron dentro de ningún camión, como nos

hicieron creer. Ni a ella, ni a ninguno de los que, durante este tiempo, han ido desapareciendo. Por eso lo cerraron, porque esto no es un invernadero. No lo es.

Indalecio *sube al techo del invernadero.*

HIJO MAYOR.- Recuerda: escribir es como desvelar un misterio. No hay mapas que lleven a tesoros ocultos y nunca hay una equis que indique el lugar.

El Hijo Mayor *se retira, coge rumbo a la higuera y deja a* Indalecio *sobre los plásticos del invernadero. En el patio siguen el* Padre *y el* Hijo. *La tierra comienza a temblar.*

PADRE.- ¿Has oído eso?
HIJO.- Parece un terremoto.

La luz con la que el cielo baña la tierra es cada vez más plomiza.

PADRE.- No, no es un terremoto, es el cielo, lleva rojo todo el día. ¡Cierra las ventanas y echa un plástico sobre el patio! ¡Tápalo todo! Va a llover tierra.

Un gran relámpago centellea en el cielo y el Hijo *empieza a techar el patio con un gran plástico que hay enrollado en la parte superior de los muros. El* Padre *lo ayuda como puede. El* Hijo Mayor *ya está junto a la higuera.* Indalecio, *sobre los plásticos, se prepara para comenzar a saltar.*

PADRE.- ¡Tú hermano!
HIJO.- ¡No lo sé!
INDALECIO.- Sólo hay que pisar en la cruz.

Indalecio *salta pero no cae en buena posición y se resbala.*

PADRE.- ¿Dónde está tu hermano?

Indalecio *se levanta.*

INDALECIO.- ¡Sólo hay que pisar en la cruz!

Indalecio *vuelve a saltar pero se tropieza y cae de bruces contra los plásticos. El* Hijo, *mientras techa el patio, llama a voces a su hermano.*

HIJO.- ¡Indalecio!

Indalecio, *que ha oído su nombre en el aire, vuelve a levantarse.*

INDALECIO.- ¡Sólo hay que pisar en la cruz!

Indalecio *salta de nuevo pero termina otra vez tirado sobre el techo del invernadero.*

HIJO.- ¡Indalecio!

Indalecio *desiste y decide arrastrarse. Comienza a reptar sobre los plásticos. Poco a poco, llega hasta la compuerta, saca una llave de su bolsillo, la introduce en el candado y levanta un trozo de plástico del techo del invernadero. El* Hijo, *que está subido en alto tratando de desenrollar un plástico sobre el patio, ve a su hermano a lo lejos, tumbado boca abajo sobre el invernadero.*

HIJO.- ¡Padre! ¡Allí! ¡En el invernadero!

El Padre *y el* Hijo *desaparecen. Un trueno se oye lejano* e Indalecio *se cuela en el interior del invernadero.* Indalecio *da vueltas, busca de un lado al otro, hasta que, de pronto, comienza a sentirse indispuesto y se lleva una mano al estómago. Le viene una arcada. En el cielo se oye un trueno. Otra arcada. Otra.* Indalecio *mira hacia abajo* y *se queda con la vista pegada al suelo. Pausa. El* Hijo Mayor, *que continúa junto a la higuera, vuelve a pronunciarse.*

HIJO MAYOR.- Última escena. Dentro de la tierra.

Dentro de la tierra

Indalecio *posa de golpe sus rodillas sobre la tierra y comienza a escarbar, cada vez con más insistencia. El* Hijo Mayor *desaparece tras el tronco de la higuera. El* Padre *y el* Hijo, *armados con un pico cada uno, aparecen al fondo del invernadero.* Indalecio, *con sus propias manos, continúa haciendo un agujero en la tierra. El agujero es cada vez más profundo. El* Padre *y el* Hijo *avanzan lentamente hasta situarse a las espaldas de* Indalecio. *Silencio.*

HIJO.- Levanta las manos si no quieres quedarte sin ellas.

Indalecio, *de golpe, para.*

HIJO.- ¿Me has oído?

Indalecio *saca las manos del agujero.*

PADRE.- Me temo que la historia termina aquí.

Indalecio *sigue quieto, frente al agujero, y de espaldas a su* Padre *y a su hermano José Antonio.*

HIJO.- ¿Qué coño estás haciendo?

Silencio.

PADRE.- ¿Estás sordo? Tu hermano te ha hecho una pregunta.

Silencio.

INDALECIO.- Estoy...

Silencio.

INDALECIO.- ...haciendo un agujero.
HIJO.- Eso ya lo vemos, no somos idiotas.
PADRE.- ¡Responde!

Silencio.

INDALECIO.- ¿Por qué me engañasteis?
PADRE.- ¿De qué hablas?

Indalecio *sigue arrodillado frente al agujero.*

INDALECIO.- Esos camiones nunca llevaron a nadie a Bélgica.

Silencio.

PADRE.- Creo que *no* te hemos escuchado bien. ¿Tú lo has oído?
HIJO.- No.
PADRE.- ¿Lo ves? Tu hermano tampoco se ha enterado. ¿Puedes repetir lo que has dicho?
INDALECIO.- Prohibisteis la entrada a los vivos porque los utilizáis como abono.
HIJO.- ¿A los vivos?
PADRE.- ¿Como abono?
HIJO.- Indalecio, ¿qué quieres decir?
INDALECIO.- Aquí abajo: Farida y los que han ido desapareciendo. Por eso lo cerrasteis, porque esto no es un invernadero.
HIJO.- Yo solo veo alambres y plástico, mire a donde mire.
INDALECIO.- Yo no.

Silencio, Indalecio *se levanta y, dando la espalda al agujero, se da la medía vuelta y mira a su familia de frente.*

INDALECIO.-Todos están aquí, bajo mis pies.
PADRE.- ¿Dónde?
INDALECIO.- Dentro de la tierra.

Un relámpago procedente del cielo ilumina la tierra.

HIJO.- ¿Hablas en serio o te burlas de nosotros?
INDALECIO.- ¿Por qué lleváis esos picos?

El Padre *y el* Hijo *miran los picos que sujetan con sus manos.*

PADRE.- ¿Estos picos?
HIJO.- Nos los hemos encontrado en la puerta de atrás.
PADRE.-Y los hemos cogido para meterlos dentro.

HIJO.- ¿A qué viene esa pregunta?

Silencio.

PADRE.- ¿En qué piensas, Indalecio?

Silencio.

HIJO.- ¿Por qué nos miras así?
INDALECIO.- Dejadme seguir cavando.

El Padre *y el* Hijo *se miran. Otro trueno ruge en el cielo.*

INDALECIO.-Y luego, si debajo de esta tierra sólo hay más tierra... entonces subidme a la torre más alta y encerradme para siempre.
HIJO.- ¿En serio te parece un buen final?
PADRE.- ¿Qué te hace pensar, Indalecio, que nosotros... ?
INDALECIO.- El dinero y la mentira.
PADRE.- ¿Qué?
INDALECIO.- El dinero y la mentira.
HIJO.- ¿Qué dinero y qué mentira?

No hay réplica.

PADRE.- A veces hablas como si para vivir bastase con el aire.
HIJO.- Pero eso no es cierto. Para vivir, lo único que te hace falta es tenernos a nosotros.
PADRE.-Te pasas el día de brazos cruzados y, aún así, te atreves a llamarnos embusteros y no sé cuántas cosas más.
HIJO.- ¿A quién engañamos nosotros, Indalecio, si nosotros somos tus esclavos?
PADRE.-Trabajamos día y noche para ti.
HIJO.-Y, luego, nos insultas porque no te gusta la forma en la que lo hacemos.
PADRE.- ¿No serás tú el egoísta?
HIJO.- ¿No será al revés?
PADRE.- ¿No serás tú el que nos engaña, Indalecio?

Silencio.

PADRE.- Nunca pensé que llegaríamos a este punto.
HIJO.-Yo tampoco.

Silencio. El Padre *mira hacia abajo.*

PADRE.- He intentado enseñarte, te lo he dado todo... pero tú...

El Padre *da un paso hacia delante.* Indalecio, *inmediatamente, retrocede un paso hacia atrás. El agujero, ahora, le queda más cerca.*

PADRE.- ...donde yo he sembrado algo, tú has escupido encima, siempre, y te has cagado en mis esperanzas.

El Padre *levanta la cabeza y mira a los ojos de* Indalecio.

PADRE.- En las mías y en las de tu hermano.

El Hijo *mira hacia abajo.*

HIJO.- Nunca nos has hecho caso, en nada. No queríamos que te juntaras con esa Mercedes porque nunca nos gustó. Una tía diez años mayor que tú, preñá de un jipi con el pelo lleno de mierda...

El Hijo *da un paso hacia delante.* Indalecio, *inmediatamente, retrocede un paso hacia atrás. El agujero, ahora, le queda más cerca.*

HIJO.- Pero tú decías que no, que era buena chica y que había que ayudarla.

El Hijo *levanta la cabeza y mira a los ojos a* Indalecio.

HIJO.- ¿Quién se ocupa ahora de esa criatura? ¿Las presas con las que comparte la celda? ¿El jipi? ¿Su madre que ya es vieja y que no puede ni moverse? ¿A qué había que ayudarla, Indalecio? ¿A que no la pillaran?

El Padre *vuelve a mirar hacia abajo.*

PADRE.- Llevarnos la contraria. Esa ha sido tu especialidad. No sabes la de veces que he llegado a pensar mal de mí mismo. No lo sabes. Te he criado igual que al resto de mis hijos, sin diferencia, como todos los padres de por aquí han hecho con sus chiquillos, igual. A quien me ha intentado engañar, al que me ha robado dentro de mi propia casa, eso sí, a ése le he dado su merecido, pero nada más. Si hubiese sido por ti...

El Padre *da otro paso hacia delante.* Indalecio, *inmediatamente, retrocede un paso hacia atrás. El agujero, ahora, le queda más cerca.*

PADRE.- ...ya nos hubiesen roído los huesos y arrancado hasta los ojos.

El Padre *levanta la cabeza y mira a los ojos de* Indalecio.

PADRE.-Tú me llamas bruto, inhumano y no sé cuántas cosas más...

Silencio.

PADRE.- ...yo sólo intento defenderme...

El Hijo *vuelve a mirar hacia abajo.*

HIJO.- Pero tú no lo ves así. Tú prefieres que nos abran los cajones y se lo lleven todo. Al que te tiende la mano y te da de comer, a ése...

El Hijo *da otro paso hacia delante.* Indalecio, *inmediatamente, retrocede un*

paso hacia atrás. Ahora ya no queda espacio ninguno entre Indalecio *y el agujero.*

HIJO.- A ése no se le puede robar, pero tú...

El Hijo *levanta la cabeza y mira a los ojos de.* Indalecio.

HIJO.- Nos has hecho polvo, Indalecio.

El Padre *vuelve a mirar hacía abajo.*

PADRE.- Toda nuestra ilusión la hemos puesto aquí, en este invernadero. Eso tú lo sabías. Has estado esperando a que llegara el momento. Cuando lo hemos conseguido; cuando has visto que nuestro esfuerzo ha comenzado a dar su fruto...

El Padre *da otro paso al frente.* Indalecio *retrocede* y *cae de espaldas dentro del agujero que él mismo acaba de hacer con sus propias manos.*

PADRE.- Ahora quieres levantarlo todo y llenarlo de agujeros porque dices... que nosotros...

Silencio. El Padre *ofrece a* Indalecio *el pico que sujeta entre sus manos.*
PADRE.- Toma, hijo mío. Cógelo y cava. Si así te vas a sentir mejor, cava un día, cava dos, tres, un mes... cava durante un año entero. Tómate tu tiempo y cava. Cava hasta que ya no quede ni un solo hueco, hasta que todo haya desaparecido.

El Padre *pone el pico sobre el cuerpo de* Indalecio.

PADRE.- Cava hasta que llegues al centro de la tierra.

El Padre *se da la media vuelta. El* Hijo *hace lo mismo. Juntos inician la retirada.* Indalecio, *que sigue dentro del agujero, los ve alejarse hasta que llegan al fondo del invernadero y salen de él. Otro relámpago ilumina la tierra.*

La historia termina aquí

Indalecio *sale, del agujero y lo observa. Luego mira en dirección a la salida. El agujero, la salida. El agujero, la salida...* Indalecio *se debate. Pero finalmente saca una llave de su bolsillo y sale del invernadero por el mismo sitio por el que entró: la compuerta. Una vez fuera, vuelve a meter la llave, en el candado y cierra la compuerta. El* Padre *y el* Hijo *aparecen en el exterior.* Indalecio, *desde arriba, los ve. El* Padre *y el* Hijo, *tristes, caminan hacia la casa.* Indalecio *baja del techo del invernadero y se para delante de ellos. El* Padre *y el* Hijo *se detienen frente a* Indalecio, *que extiende la mano entregándole a su* Padre *la llave de la compuerta. Silencio. El* Padre *la*

acepta. Sin decir nada, Indalecio *se sitúa tras ellos y, juntos, comienzan a caminar en dirección a la casa. Un fuerte trueno resuena en el cíelo.* Indalecio *se para a la altura de la higuera y la mira. El* Padre *y el* Hijo *siguen caminando pero, antes de ingresar dentro de la casa, se detienen y observan cómo* Indalecio, *inmóvil, sin demasiada convicción y un tanto avergonzado, mantiene su vista clavada en el árbol. El* Hijo Mayor *no asoma tras la higuera. Silencio.* Indalecio *mete las manos en sus bolsillos y saca las dos piedras de su hermano Ángel, apunta con fuerza y, primero una, luego otra, las lanza con fuerza. Las piedras vuelan por encima de la higuera y a lo lejos, desaparecen.* Indalecio *agacha de nuevo la cabeza y, con paso lento y abatido, camina hacia su* Padre *y su hermano José Antonio, que lo siguen esperando.* Indalecio *llega, se sitúa entre el* Padre *y el* Hijo *y posa la palma de la mano sobre el hombro de su* Padre. *Luego hace lo mismo sobre el hombro de su hermano José Antonio. El cielo cruje y los tres desaparecen. El* Hijo Mayor *sale de detrás del tronco de la higuera y se sitúa junto a ella.*

HIJO MAYOR.- Cuando uno mira hacia atrás y ve su vida, ésta siempre parece un sueño o un cuento.

En el interior del invernadero, junto al agujero, aparece Farida.

PARIDA.- El *prisente is* como un *rilámpago.*

Bajo la ventana, Mercedes *aparece dentro del almacén.*

MERCEDES.- Una vez que desaparece el resplandor, ya sólo puede hablarse de él.

Junto a su sartén, La Quinta *aparece cerca del invernadero.*

LA QUINTA.- Hay que pisar justo en donde se cruzan los alambres.
HIJO MAYOR.- Sin dudar.
PARIDA.- Si no, *ti* hundes.
MERCEDES.- Es fácil caerse si no se ha entrenado lo suficiente.
LA QUINTA.- Sólo hay que pisar en la cruz.
HIJO MAYOR.- Cuando lo piensas parece fácil
PARIDA.- *Piro* la práctica es diferente.
MERCEDES.- Casi nunca se está preparado.
LA QUINTA.- Casi nunca.
HIJO MAYOR.- Para casi nada.
FARIDA.- *Disen* que las cosas nunca son como *si* imaginan.
MERCEDES.- Puede que esto tenga algo de cierto.
LA QUINTA.- O tal vez...

Un gran relámpago centellea en el cielo.

HIJO MAYOR.- Tal vez, puede que no.

Un trueño ensordece el espacio irrumpiendo como una bomba. Ante el fuerte zumbido, el Hijo Mayor, Farida, Mercedes *y* La Quinta, *se han llevado las manos a los oídos. Los cuatro miran al cielo. Sobre ellos ha comenzado a llover tierra.*

* * *